

Un concepto: la unificación microbiana del mundo (siglos XIV al XVII)

Emmanuel Le Roy Ladurie

El prodigioso éxito del tema del medio ambiente, los daños de la contaminación etc. en la cultura contemporánea tiene la utilidad —como siempre en un caso semejante— de obligar al historiador a responder en función de preocupaciones del presente a tal o cual sector de los tiempos pasados. Pero este “repensar” implica necesariamente, al pasar del siglo XX al siglo XVI, un cambio de óptica o aun de dirección. A pesar de sus tendencias meritorias o condenables, a la antisepsia o a la asepsia, la civilización actual enfrenta, de tiempo en tiempo y a veces con una urgencia acrecentada, los daños de tipo viral o microbiano que engendra en periodos diversos la facilidad creciente de los contactos y de los transportes: el virus gripal, de Hong Kong o de otra parte, ha dado ya más de una vez la vuelta al mundo gracias a los jets y a los pasajeros infectados que éstos transportan; y el cólera, menos aterrador que en el siglo pasado, suelta de nuevo lazos de unión entre el Asia de los pobres, el África de los negros y el Mediterráneo de los turistas del mes de agosto. . . Pero no nos equivoquemos. Los grandes problemas del medio ambiente, hoy más químicos que microbianos, son las preocupaciones mayores llamadas óxido de carbono, plomo de supercarburos, pesticidas. Las zonas contaminadas perjudican, es la opinión general, la atmósfera de las ciudades, el agua de los ríos o la biósfera en su conjunto. Lo referente al peligro de las pandemias no figura, con o sin razón, entre las preocupaciones primordiales de los caballeros de

la anticontaminación; esto, a pesar de los peligros muy reales que implica la tecnología supersónica para la salud de los hombres, en razón de los contagios siempre posibles.

En los antiguos y los muy antiguos regimenes de economía la situación era evidentemente diferente. Las técnicas de la época, relativamente ligeras, no eran fértiles en productos contaminantes. En cambio, el crecimiento medieval y “moderno” en su modalidad arcaica —del siglo XI al XVI— ponía el acento con mucha fuerza sobre los desarrollos de la demografía, de las roturaciones, de las ciudades, del comercio, de la colonización, de las “cruzadas”, de los *raids* y de las incursiones militares. Ricos en contactos, esos procesos implicaban enormes riesgos de contaminación microbiana: afirmar esto es ciertamente una puerta abierta. Quisiera entonces sobrepasar el umbral augusto de las verdades primeras: propondré para un periodo preciso un concepto que tomaré prestado —ampliándolo y modificándolo— a Woodrow Borah, se trata del concepto de unificación microbiana del mundo entre los siglos XIV y XVI. Esta formulación como trataré de demostrar es mucho más que una simple fórmula: en efecto, ella reagrupa y subsume en el interior de un conjunto complejo, pero único, fenómenos aparentemente diversos tales como las pestes de 1348 en occidente, con sus secuelas exterminadoras de los siglos XIV, XV y aun XVI; y por otra parte, la despoblación en los nuevos mundos, que desembocó en el genocidio microbiano y afectó a

las poblaciones indígenas durante el siglo XVI y aun más allá. Tal concepto tiene también el interés, me parece, de atraer la atención sobre el más formidable traumatismo que hayan experimentado hasta hoy las masas humanas en América y en Eurasia durante el segundo milenio.

Claro está que cuando hablo de la unificación microbiana del mundo entre los siglos XIV y XVI (diré de aquí en adelante, para abreviar, "la unificación"), no pretendo que el proceso haya comenzado el primero de enero de 1300 ¡a las cero horas! De hecho, las grandes epidemias revoloteaban o viajaban ya antes de esa fecha, aunque su radio de acción estaba generalmente menos extendido que después de ese tiempo; sin remontarnos hasta la peste de Atenas, será suficiente con recordar en dos palabras la pandemia del siglo VI, tal como la estudian Biraben y Le Goff.²

No es cuestión tampoco de afirmar que el proceso de unificación se termina hacia 1600 o aun en 1700: la difusión del cólera en el siglo XIX bastaría para refutar este absurdo. En este trabajo quisiera simplemente señalar la existencia de un paroxismo: brevemente, la unificación microbiana del mundo, o la creación a la escala de Eurasia y después del Atlántico de un mercado común de microbios, pasó entre 1300 y 1600 (cifras redondas) por una fase especialmente intensa, rápida, dramática y por qué no decirlo, apocalíptica.

Los sacrificios humanos provocados por esta globalización de los agentes patógenos durante esos tres siglos no tienen comparación con los de épocas anteriores o posteriores.

La "unificación" por la peste

Mi exposición se concentrará, para comenzar al menos, en ciertas categorías de enfermedades específicas. Al respecto, se sabe que el etiquetamiento de la patología de otras épocas es todo menos simple. Los registros parroquiales que constituyen de lejos nuestro mejor acopio de información para la demografía del antiguo régimen son mudos. Felizmente, el campo histórico de la enfermedad es susceptible de ser explorado con la ayuda de otras fuentes, a veces muy exac-

tas (encuestas médicas, crónicas, archivos militares, etc.).³ Esas fuentes nos hablan de los males por carencias —como el bocio en la zona montañosa— que no tienen evidentemente que ver con nuestro tema. Pero ellas hablan detalladamente sobre lo que se refiere al "azar" de las enfermedades infecciosas, sobre su agrupamiento característico en ese entonces: viruela, tifoidea, tifus, disentería, malaria en las zonas pantanosas, etc. Sin embargo, dejaré por el momento ese azar y empezaré mi exposición con una enfermedad bacteriana como la peste.

Ya es ahora trivial la idea según la cual la peste es uno de los daños esenciales engendrados por la expansión del número de hombres y de sus actividades en el antiguo continente durante la Edad Media. Pero más allá de esta formulación, demasiado simplista todavía, la idea en cuestión fue estudiada, desarrollada y precisada con brío por diversos autores.⁴ Al respecto evocaré el punto de origen, el punto de anclaje de la peste, a partir del cual se efectuó la unificación microbiana del mundo: las tres variedades "salvajes" del bacilo pestífero,⁵ la primera, *Pasteurella pestis orientalis*, se presentó en Manchuria y en las costas orientales de China. "Ella es responsable de la última pandemia pestífera que se originó en China a finales del siglo XIX"; no interesa entonces directamente a este artículo, al que concierne una tajada de historia más antigua. Las otras dos variedades del "germen" en cambio son capitales para mi propósito: la *Pasteurella pestis antiqua*, que coloniza a diversos agrupamientos de roedores y de pulgas alrededor de los grandes lagos africanos y la *Pasteurella pestis medievalis* (cuyo solo nombre es todo un programa), que se localiza en las mismas condiciones en el Asia Central.

Esta ecología mundial de la peste implica a fin de cuentas relaciones complejas entre el hombre y el bacilo. Estas relaciones reposan, en efecto, sobre el buen funcionamiento de un *ménage à quatre* (rata, pulga, bacilo, hombre) o, según otros autores, un *ménage à trois* (pulga, bacilo, hombre): la existencia misma y la difusión de *ménages* de este tipo implica, a largo plazo, fricciones inevitables e incompatibilidades de humor. Las "ventanas ecológicas" en el marco de las cuales se organiza la cohabitación, frecuentemen-

te mortal, de los tres o cuatro compañeros son muy estrechas. La pulga, por ejemplo, tiene exigencias precisas en lo que concierne a las condiciones de temperatura y de higrometría favorables para su reproducción, ellas no se concilian con las costumbres cambiantes de los hombres, en cuanto a calefacción invernal de la casa. . . Por todas estas razones, el complejo pestífero con sus múltiples personajes permanece endógeno en Africa y el Asia Central; pero en Europa, donde no hace sino apariciones temporales, se revela relativamente inestable: allí no ha permanecido jamás (siglos VI-VII y siglos XIV-XVII), más allá de algunas centenas de años.

En la época de la unificación, los viajeros aseguran que en el centro de los complejos la pulga realiza la instauración de la peste. Primero, la pulga de rata (cuando está infectada sus piquetes permiten por inoculación la implantación de un bubón pestífero cerca del ano). Ella puede colonizar grupos humanos e inocularles el bacilo pestífero. Pero es alejada por el olor de aplicaciones de aceite de oliva que se transforma de golpe en medicina; es alejada también por el olor del caballo y sobre todo del chivo (el rol antipestífero de este animal se reconoce muy pronto: el señor de Gouberville, a mediados del siglo XIV, hace a su hermana el don juicioso de un chivo cuando las epidemias de este género se desencadenan cerca de la ciudad donde vive ésta).⁶ Por otra parte, la pulga específica del hombre (*Pulex irritans*) puede también propagar el bacilo directamente de hombre a hombre sin mediación de la rata. Finalmente, existe otra variedad de ectoparásitos específicos de una sola especie de mamíferos: pienso por ejemplo en la pulga del perro. De hecho a esas especializaciones caninas no les conciernen los complejos pestíferos que viajan por Eurasia desde hace dos mil años. Puesta esta base ecológica, los hechos de la contaminación y del contacto que dan cuenta de la propagación de la peste han sido explotados por dos escuelas, llamemos a éstas por sus principales representantes: la escuela de ratas, inglesa (J. Shrewsbury) y la escuela de pulgas, francesa (J.N. Biraben).⁷

El gran libro de Shrewsbury —*A History of Bubonic Plague in the British Isles*— ofrece al lector una meditación completa sobre la rata; com-

prende el tema que aquí tratamos, los hechos de infección y de contaminación planetarios. No se trata de que el autor inglés impute en toda ocasión a las ratas toda peste: él sabe, cuando la oportunidad se presenta, poner aparte el problema de la peste pulmonar, con la tos y pérdidas de sangre que la acompañan. Se sabe, en efecto, que "el mal que disemina el terror", cuando concierne al pulmón es transmitido directamente de hombre a hombre por el aliento y por las partículas de saliva contaminadas que éste transmite sin que ningún roedor intervenga como intermedio. Pero esos casos broncopulmonares tan atrozmente peligrosos son puestos de lado. Shrewsbury señala con fuerza las funciones, en su opinión capitales, que realizan las ratas en la propagación de la peste. Estos animales, si se cree al investigador británico, pueden realizar el contagio directamente entre ellos, de un individuo a otro, por canibalismo. Pero sobre todo la epidemia, o más bien la epizootia provoca en las ratas *Rattus rattus* una septicemia pestífera: la pulga ratonera, al tomar sangre envenenada, se obstruye el estómago con un verdadero tapón de bacilos *Pasteurella pestis*. De golpe, esta obstrucción le impide ingerir su substancia; la pulga hambrienta se vuelve feroz y muerde todo lo que se le presenta: epidermis de animal y piel humana. Así, la epizootia puede transformarse en una epidemia que concierne a la especie humana. Estos diferentes fenómenos se asocian fácilmente a los hechos de urbanización y expansión demográfica, que uno encuentra en múltiples ocasiones durante la época que precede inmediatamente o que introduce la fase propiamente pestífera de nuestra Edad Media. Porque las pulgas que se agazapan en los viejos trapos y en las mantas que transportan los pequeños mercaderes y los buhoneros de aquellos tiempos están particularmente desnutridas y son agresivas, a falta de encontrar alimentación adecuada en los fardos donde tienen su residencia aunque sea provisional. Por otra parte, los tugurios y las cabañas del pueblo bajo ciudadano y campesino constituyen, en la época medieval, un tipo de hábitat muy acogedor para las ratas y pulgas: éstas anidan en los muros de adobe y aquéllas en los techos de paja. Las casas de los ricos, en contraste, están mejor defendidas

contra estas diversas categorías de infecciones porque los muros en piedra tallada son inhóspitos para los ectoparásitos y la presencia de un piso o de un techo interpone pantallas entre las ratas del techo y del granero por una parte, y por la otra de la familia humana que tiene su residencia en la planta baja.

Estas constataciones desembocan, en Shrewsbury, en una verdadera historia de faunas —roedora y parasitaria— como subproducto de la actividad humana modificadora del medio animal: el gran culpable, según *A History of Bubonic Plague* es la rata negra, *Rattus rattus*. Con sus 17 variedades de pulgas, de las cuales dos (y en especial la *Xenopsylla cheopis*) “son activas en lo que concierne a la peste”, la *Rattus rattus* nos aparece como un animal relativamente temeroso y poco apto para el combate, de allí su inferioridad, a partir del siglo XVIII, frente a la rata grisparda o rata de Noruega, *Rattus norvegicus*, más agresiva. La rata negra es además mala nadadora, en las latitudes septentrionales ella es común en las casas, en las cuales le gusta consumir las reservas de granos. Era asidua también, y a pesar de sus mediocres hazañas en natación, de los viejos navíos de madera de aquellos tiempos, donde, en el cascarón y el maderamen, sus cualidades de trepador hacían maravillas (de allí la facilidad y el gran radio de acción de sus viajes en el Mediterráneo por ejemplo). Uno debe admitir que esa rata no es naturalmente indígena de Europa, donde no se expandió sino favorecida por una cantidad lo suficientemente densa de asentamientos humanos, con casas más o menos aglomeradas, silos y graneros de cereales, hábitat urbano, etc. Encontramos entonces allí nuestros problemas iniciales de daños, y esta vez de contaminación animal. . . En lo que concierne a Inglaterra, por ejemplo, Shrewsbury se esfuerza por reconstruir, según diversos documentos, una cronología válida de la expansión de la *Rattus rattus*. Este roedor, en efecto, no parece haber sido común en las islas británicas antes de su conquista por Guillermo el Conquistador; o digamos más simplemente (puesto que los roedores no necesariamente esperaron el momento preciso de la invasión normanda para pasar el canal), antes del año mil. El manuscrito de *Book of Kells*, sin embargo, es

contemporáneo de un periodo muy mal determinado, comprendido entre los siglos VI y IX; ahora bien, él nos presenta “dos ratas comiendo la eucaristía bajo los ojos de dos gatos”. En 1187, el obispo Yvor maldice y expulsa sin contemplaciones las ratas fuera de Ferns de Leinster:⁸ ese prelado quiere, en efecto, infligir en castigo a esos roedores que han deteriorado los libros de su biblioteca. En el siglo XIII, siempre con los ingleses, la *Rattus rattus* en parte ha ganado, lo atestigua Londres: allí un manuscrito local muestra “dos ratas negras educando a un gato”. Las menciones de compras de trampas para ratas o de venenos raticidas se multiplican a partir de este momento tanto en la contabilidad como en los textos literarios. Uno puede, evidentemente, criticar esta cronología de Shrewsbury y señalar que es tributaria de una iconografía desfasada ella misma en relación a la historia real de los animales comensales del hombre. . . Ello no impide según el autor inglés, que la implantación medieval de la rata en Gran Bretaña corresponda al surgimiento de una infraestructura epizootica a partir de la cual la peste, en 1348-1349 y más tarde, podrá desplegarse libremente. De la misma manera uno se explica en una perspectiva análoga ciertas particularidades de la peste del siglo VI:⁹ ésta afecta al sur de la Galia ya urbanizada al menos y ampliamente colonizada por el pueblo de ratas. Estas evitan, por el contrario, las tierras situadas al norte de la Loire, puede ser a causa del semillero demasiado flojo de los establecimientos humanos que no son todavía en esta época masivamente habitados por la *Rattus rattus*. Virgen de ratas, Inglaterra, *a fortiori*, ha sido evitada por la pandemia alto-medieval. Uno podría considerar esto como una de las causas de la inversión de la coyuntura económico-demográfica y político-militar en favor de las regiones del norte a partir del siglo VII. ¡Carlomagno habría florecido sobre la ausencia de las ratas. . . !¹⁰

Para regresar a las islas británicas del siglo XIV, Shrewsbury quiso construir toda su teoría de la peste sobre una geografía de daños ratíferos. Es al “sureste de una línea Plymouth-York” que se encuentra en los años 1340, la Inglaterra útil y la Inglaterra poblada que será también la Inglaterra pestífera: ¡zona “privilegiada” que pagará caro

ese privilegio! Es una Inglaterra, que incluyendo el país de Gales cuenta hacia 1300-1330 con cerca de cuatro millones de habitantes;¹¹ en efecto, al sur y al este de esta línea se localizan en su inmensa mayoría las ciudades de más de 5 000 habitantes: ahora bien, ese número de 5 000 almas constituye (en la teoría de Shrewsbury) la base mínima a partir de la cual puede proliferar un efectivo de ratas que sea suficiente para mantener la epizootia múrida de peste, susceptible a su vez de contaminar a los humanos con una frecuencia de epidemia; la difusión pestífera entre los hombres exige, en efecto —desde la óptica del autor inglés— una constante ida y venida de pulgas infectadas, desde los hombres hasta las ratas y recíprocamente, con el fin de mantener la plaga en toda su amplitud. Al sur son también las campiñas, las más prósperas y las más pobladas, los grandes circuitos de transporte de granos, de henos, de paja y sobre todo de lanas, las que dan la ocasión de transportar ratas sobre las carretas de ciudad en ciudad. Mientras que los comerciantes, vestidos con buenas pieles pulgosas, transportan parásitos que son los interlocutores más importantes del bacilo. Allí igualmente están las ferias, los grandes santuarios como Canterbury, venerados por la muchedumbre de peregrinos en una promiscuidad de nuevo peligrosa y pulgosa. Para regresar al hecho central de la urbanización —aunque todavía en conjunto poco desarrollada en la Inglaterra del siglo XIV—, es una vez más al sur de la línea Plymouth-York donde las casas de ciudad están demasiado pobladas, demasiado juntas y pegadas unas contra otras para permitir, de hogar en hogar, la propagación de la peste; pero estas casas conservan todavía un primitivismo suficiente. Construidas con adobe y paja, mantienen una población de ratas y de pulgas anidadas respectivamente en el techo de paja y en el adobe. Por el contrario, las casas urbanas que en la época moderna reemplazarán las chozas, serán construidas con ladrillo cocido, con madera o con hulla; estarán mejor defendidas contra los comensales del hombre para quienes el ladrillo o la piedra son materiales difíciles de cavar o reparar. Al sur de la “frontera Plymouth-York” se encuentran también tanto en la Edad Media como en el siglo XVIII, las regiones de In-

glaterra que tienen los mejores cultivos de granos y los más altos rendimientos,¹² desde el punto de vista del trigo, prebenda de las ratas. En la Gran Bretaña del sureste, los hombres, por su densidad agrícola y citadina, instalaron a la *Rattus rattus* como comensal y como depredador privilegiado. Allí lógicamente, se va alojar la gran peste inglesa a partir del siglo XIV. En contraste, las regiones situadas al norte y al este de esta famosa línea (en la cual el hombre es más raro, la urbanización menos importante y el hábitat rural más escaso y disperso) no suministran un buen terreno para acoger la pandemia.

Tal es la concepción de Shrewsbury, esencialmente basada en la rata. Biraben no discutirá en tanto tal esta apreciación del autor británico. Pero sus investigaciones han llevado a subrayar cada vez más, para occidente, el rol autónomo de la pulga. Muy raras en efecto son las pestes históricas de Europa donde el rol de las ratas se invoca efectivamente.

Cierto, Albert Camus, en *La peste* de Orán, señala un cadáver de roedor: pero se está en el Magreb y el novelista de todas maneras habría podido ser influido, indirectamente al menos, por los trabajos de Yersin que mencionan para el *extremo Oriente* “el rol de la epizootia múrida precediendo y acompañando la epizootia humana”.¹³ ¿Yersin ha desviado a Camus por vulgarización interpuesta? Es muy posible, porque en lo que concierne a los testimonios propiamente históricos, la cosecha “múrida” es de las más flacas y uno no la percibiría nunca si no es por la cola de una rata en los inventarios de cadáveres de los cronistas. Un texto, sin embargo, iría en este sentido: en 1348-1349, el historiador griego Nicéforo Gregoras¹⁴ nota que: “la peste invade las islas y el mar Egeo, ella ataca a los de Rodas y a los chipriotas. . . ; los perros, los caballos y las ratas de la casa morían”. En occidente se pagaría mucho y muy gustosamente por poseer textos de este tipo. ¡El hecho es que apenas se encuentran! Esta carencia de archivos (¿pero qué vale el argumento *a silentio*?) ha inducido a Biraben a valorar la función privilegiada de las pulgas humanas (*Pulex irritans*) como transmisores directos de la peste entre los hombres, sin las ratas.

Desde esta perspectiva, Biraben propone dos direcciones posibles para la difusión (o no) de la peste:¹⁵

Primer caso: "Si el ectoparásito humano es raro (caso de numerosos países tropicales donde el vestido es muy reducido), la peste se reduce a algunos casos esporádicos. . ." (en tal o cual ciudad), esos casos provienen de picaduras accidentales efectuadas en el hombre por pulgas ratíferas (*Xenopsylla cheopis*), que han abandonado a las ratas muertas.

Segundo caso: "Si al contrario (como es el caso de las poblaciones no desnudas o pesadamente vestidas de los muy antiguos regímenes), el ectoparasitismo pulgoso es abundante en los hombres, una vasta epidemia puede desencadenarse favorecida por todos los aggrupamientos humanos: centros urbanos y sobre todo ferias, ejércitos, procesiones, etc." (y también procesiones a lo largo de las grandes rutas del comercio y de los ejércitos); estos factores habrían permitido, muchas veces en el siglo VI y sobre todo a partir del siglo XIV, la contaminación de Euroáfrica y después de Euroasia.

Es difícil (para un historiador que no es especialista médico) decidir entre Shrewsbury y Biraben. A lo largo de esta exposición tendré en cuenta las posibilidades —a veces convergentes— que presentan sus dos teorías.

Un precedente: la peste de la alta Edad Media¹⁶

Shrewsbury o Biraben, ratas pulgosas o simples pulgas, el bacilo de Yersin no fue para Europa un huésped enteramente nuevo. Ocho siglos antes de 1348, la "peste de la alta Edad Media" había llegado a la Galia (en 543). Había inaugurado una serie de catástrofes epidémicas destinadas a repetirse por lo menos hasta cerca de 760. Después se extinguió; así, una primera vez, había probado lo que el ciclo moderno de la pandemia, también limitada en el tiempo (siglos XIV-XVIII), demostrará de nuevo con fuerza. A saber, que la peste no es espontáneamente persistente en los países de Europa occidental.¹⁷ ¿Esta ineptitud para implantarse de manera definitiva en nuestras

regiones es tal vez debida a las condiciones complejas de equilibrio ecológico, que requiere el mantenimiento del *ménage a trois* (rata, pulga y bacilo) sobre la cohesión del cual reposa la posibilidad de una perpetuación local de la epidemia? En todo caso es cierto que, tanto a lo largo de la alta Edad Media como en las épocas medievales y modernas, la peste tiende al final de algunos siglos de agresión repetida a alejarse de occidente y replegarse sobre sus bases de Africa y Asia; esto aparte de estar libre para lanzar de nuevo, ocho siglos más tarde, una nueva y fulgurante ofensiva.

Por otra parte hago notar, y esto concierne a nuestro problema ecológico-ambiental, que la peste de los siglos VI y VIII había igualmente dibujado a su manera, en un estilo simplista, el mapa de la urbanización, de la demografía y de las facilidades del tráfico en el occidente galo de la alta Edad Media. Venida hacia el occidente mediterráneo, desde Peluse en Egipto hasta las ciudades clásicas de acogida de las pandemias (Marsella y Narbona), se había extendido enseguida hacia el norte de la Galia: en el momento de su máxima expansión hasta Trêves en 542, hasta la Loire media hacia 560, hasta el Rhône medio y el Albigeois alrededor de 580. Como escriben Biraben y Le Goff, "los aires de difusión de esta peste altomedieval revelan algunos aspectos fundamentales del occidente bárbaro de los siglos VI y VII. El mantenimiento de una vida urbana favorable a la extensión de la epidemia, la persistencia del comercio venido de Alejandría, de Bizancio, de Africa hacia Génova, Marsella, Narbona, esas puertas de la peste por ser puertas del oriente (Venecia y Marsella pagarán el precio hasta los siglos XVII y XVIII), la importancia de las comunicaciones fluviales y primero del eje Rhône-Saone se encuentra a través de la geografía de las epidemias. . . Los límites septentrionales del río, Loire, Marne, Rhin, Alpes. . . se amoldan a la frontera de los puntos de ruptura de carga, de las zonas urbanizadas, del término de las vías del comercio oriental".

Ahora bien, la peste de 1348 también se enfrenta al fin de la carrera a ciertas fronteras, que son estructuralmente las mismas que aquellas que habían conocido sus antecesoras en tiempos de Justiniano. El siglo VI ilumina por anticipa-

ción al siglo XIV. Pero por el hecho de la evolución que intervino mientras tanto, sus límites septentrionales y orientales fueron dibujados de manera más amplia en 1348 que en 542. El contagio esta vez se extiende más allá de la línea Tréves-Reims-Tours-Agen, que en tiempos de Teodoberto y Chilperico presentaba una firme barrera a la expansión. En 1348-1350, el cordón sanitario de entonces, que no debía nada a los esfuerzos conscientes de las autoridades, cruje por todas partes: del sur al norte es Francia en su conjunto, toda la Galia (con notables excepciones en los dos casos) zozobra bajo el asalto de los bacilos; y esos vastos bloques humanos que se llaman Inglaterra, Alemania o Escandinavia, y que la pandemia se había ahorrado o había simplemente rozado¹⁹ en el siglo VI, son por el contrario infectados por la "peste negra" de manera atroz²⁰ al declinar la Edad Media.

Estas diferencias relativas a la expansión en el espacio no hacen sino subrayar mejor las similitudes lógicas que unen los dos fenómenos en cuestión: en los dos casos (siglos VI y XIV), las ondas últimas de la peste vienen a morir en los bordes de esas costas imaginarias, pero perfectamente reales, que marcan los límites extremos alcanzados por la expansión demográfica, por las rutas frecuentes y frecuentadas, por la red de ciudades. La peste merovingia, uno lo ha visto, se había sofocado y después extinguido cuando se enfrentó al cinturón de grandes bosques que le cortaban el camino a las llanuras y mesetas de la cuenca parisina. La de 1348-1349, por el contrario, progresa como el oleaje hasta las campiñas y más adelante ya no separada de Normandía y Londres; y más allá, hasta Escocia y hasta el Elba, sin encontrar obstáculos decisivos. Las grandes roturaciones de los siglos posteriores al año mil habían en efecto simplificado su aproximación facilitando los contactos, abierto las vías de acceso, derribado la pantalla de árboles y multiplicado los hormigueos humanos. Los claros roturados por una parte, las ciudades nuevas o agrandadas por otra parte, se habían infestado de especies variadas de ratas contaminadoras. Los unos, por topes de campo, depredadores de cosechas; las otras, por ratas de ciudad que vivían en la basura. Todos pulgosos de todas maneras,²¹ y, llegado el

día, sembradores de peste, de esta peste que en otras épocas se había ignorado, al estar vírgenes de contaminación las sanas selvas de los merovingios.

Pasando el Oder y las montañas de Bohemia, sin embargo, más allá del espacio que examina mi trabajo, las cosas no son tan simples: bosques profundos o semidesiertos, más o menos vacíos de ciudades y de cereales, frenan en 1349 y 1350 la progresión del ejército de ratas (?), de pulgas, de hombres, de enfermos de peste; de golpe, se encuentra bloqueado en cierta medida el avance del frente bubónico y del frente pulmonar que se ligan respectivamente a las dos variedades del mal pestífero de entonces. Los factores limitantes de la catástrofe, que en el siglo VI participaron desde la travesía de la Loire, se encuentran en el siglo XIV, pero deportados más al norte y sobre todo más al noreste, y aun más allá de las masas de la humanidad germánica, que se habían vuelto mientras tanto tan numerosas y que se ahorraron, escasas todavía, la pandemia merovingia. Sólo una vez llegada a tierra eslava la peste de 1348-1350 encuentra, como lo mostró Frantisek Graus, esas humanidades escasas que frenarán de allí en adelante su marcha sin lograr, sin embargo, detenerla del todo.²²

El cortocircuito euroasiático del siglo XIV

El estudio comparativo de la peste medieval en Francia y en occidente pone primero el acento sobre la multiplicidad de contactos como condición de la instauración de las catástrofes: un análisis de este tipo, útil para comprender la difusión del fenómeno, lo es todavía más cuando uno se propone resolver el problema cardinal de los orígenes, que es igualmente objeto de mi reflexión en este parágrafo. Porque la llegada de la gran peste se explica también mucho antes del desembarco del bacilo en las costas de Provenza y de Italia, por el establecimiento entre Eurasia y el Mediterráneo de ciertos circuitos y cortocircuitos, buenos conductores del contagio pandémico.

Bajo el riesgo de no entender el desencadenamiento de un proceso capital para la humanidad, es necesario evocar brevemente cuál fue el inicio

de este inmenso naufragio. Si esto faltara, esta exposición sobre la contaminación microbiana perdería una parte de su significación.

Se dice que la peste del siglo VI —como las del mundo asiático— había venido probablemente de los grandes lagos africanos:²³ de hecho, es alrededor de estos que se expande la variedad salvaje del bacilo de Yersin, llamado *Pasteurella pestis antiqua*, al que se acusa de haber infectado las poblaciones merovingias. Llegado desde los grandes lagos y Etiopía hasta Egipto y el puerto deltáico de Peluse vía el mar Rojo y tal vez el valle del Nilo, la peste nilótica de 541-542 había ganado enseguida de forma natural las grandes ciudades alrededor del Mediterráneo; de Alejandría a Marsella. Y después, por olas sucesivas y contaminación durable, había poco a poco infectado la Galia del sur durante dos siglos.

La pandemia de 1348 supone una ruptura con el pasado lejano y la instalación de trayectorias microbianas muy diferentes. Esta peste no es del mar Rojo sino del mar Negro. Ella no viene de Peluse en Egipto, sino de Caffa en Crimea. Más allá del mostrador genovés, surge de las profundidades de la Tartaria y de las comunidades nestorianas del Asia Central.

En el corazón del continente asiático vivía, y vive todavía ampliamente diseminada, otra variedad de *Pasteurella pestis* a la que se ha llamado, para celebrar su desempeño notable, *Medievalis*.²⁴ Los médicos especialistas²⁵ han descrito los grupos de animales que transmiten entre los dos lados del Ural, a través de zonas inmensas, las pulgas portadoras de esta *Pasteurella pestis medievalis*. Son los *tarbagans*, marmotas gigantes de Manchuria, Mongolia, el Turquestán ruso y Transbaikalia; los pequeños espermófilos²⁶ o *susliks*, parecidos a minúsculas marmotas, que frecuentan el sureste de Rusia; las pulgas increíblemente resistentes de estos espermófilos soportan fríos de -25°C y ayunos de diez meses, interrumpidos apenas por algunas comidas de sangre.²⁷ Son igualmente otros depósitos de bacilos (por parásitos interpuestos) las colonias de *Gerbillus* o ratas merions del sudeste ruso, del Kurdistán iraní y de las regiones transcaspianas. En las madrigueras subterráneas de estos merions sobreviven, sobre el cadáver del roedor, las pulgas y los bacilos desti-

nados a reactivar, cualquier día, el contagio entre humanos. Baltazard y después Biraben han evocado estas guaridas mortales como el microclima propicio donde moran los gérmenes e infectan, llegado el verano, a otros merions quienes, creyendo dar un buen golpe, vienen a ocupar, como invasores, la última morada de un camarada fallecido; “mientras tanto, otros roedores han podido pasar a la madriguera y tomar el papel de nodrizas de pulgas, asegurando así la supervivencia de esos parásitos infectados”.²⁸

A esos agrupamientos de marmotas y merions asiáticos correspondían —si se cree la teoría de Shrewsbury— las grandes comunidades de ratas negras, sedentarias implantadas en Europa: éstas, a la manera de esos otros roedores, los conejos, también multiplicados al infinito en los claros de las grandes roturaciones, habían proliferado desde el siglo X. La urbanización y el aumento demográfico habían inflado sus efectivos más allá de toda medida en las ciudades, pueblos y puertos donde debían prosperar sin vergüenza ni competidores hasta su parcial exterminio debido a la invasión de ratas grises en los siglos XVII y XIX. Entre ambos hormigueros de roedores (el asiático y el europeo) la historia, a partir de 1330-1350, iba a tender un puente imprevisto de mortalidad fraternal. El relevo de este cortocircuito pestífero, que debía unir en un mismo sino al oeste y el este, había sido implantado previa y gradualmente por dos grupos de aprendices de brujo: sean los constructores del imperio mongol o los mercachifles de las caravanas de la seda. Unos y otros, ciegamente, se transformaron en los agentes de un proceso de contaminación internacional.

Entre 1200 y 1260 los mongoles, bajo Gengis Khan y sus sucesores,²⁹ realizaron la unificación de Asia y de una porción de Europa, desde China hasta el mundo ruso; ellos prepararon también la integración microbiana del antiguo mundo, de las dos costas del Ural y del Caspio, en el seno de un mercado común de bacilos.

En adelante y muy pronto, los tráficos entre esos grandes espacios se traban. Hacia 1266, los genoveses fundaron sobre la costa meridional de Crimea la colonia de Caffa. La *pax mongolica*³⁰ ponía a los pioneros de este nuevo asentamiento



comercial³¹ en capacidad de utilizar regularmente un itinerario que "por primera vez en la historia disfrutaba de una absoluta seguridad";³² situación impensable antes de la unificación y la pacificación del Asia central por los Gengis Khamidas: la ruta así asegurada³³ prolongó al infinito y hacia el oriente los tráficos genoveses en el Mediterráneo y el mar Negro; ésta iba, a través del mar de Azov, desde Caffa hasta Tana, sobre las desembocaduras del Don. Enseguida, es el interminable trayecto que llevará al comerciante de Italia primero con carro de bueyes y luego con camellos, burros y mulas —sin olvidar las barcas sobre los ríos y sobre el mar Caspio— hasta China,³⁴ fuente de las sedas. Esta ruta es siempre muy utilizada durante los dos decenios fatales de 1330 y 1340, en el "momento" mismo que pinta Francesco Pegolotti en su libro intitulado *Pratica della mercatura*. Concurrida por hombres y convoyes en tránsito es eficaz, gracias a ella las sedas chinas, en los suburbios de Constantinopla, se vuelven menos caras que las que viajaban usualmente a lo largo de los antiguos itinerarios, anteriores al gran camino genovés y mongol.³⁵ Solamente esta pista nueva, creada por un siglo XIII inventivo, puede transmitir lo mejor y lo peor. Vía real de la seda china en la primera mitad del siglo XIV, parece haberse transformado a partir de 1338 en el hilo directo del contagio.

Las trayectorias esenciales fueron iluminadas a fines del siglo último por los hallazgos de los investigadores: en 1885, el arqueólogo ruso Chwolson³⁶ excavaba cerca del lago Issyk-Koul, en el distrito de Semirichinsk, al extremo este del Kirghizistan, los vestigios de viejos cementerios nestorianos. Esta región, hoy se sabe, está situada en pleno corazón de los hogares originales de la peste en Asia central; en otro orden de ideas, durante la declinante Edad Media fue asimismo un centro importante de propaganda nestoriana. En el curso de sus excavaciones Chwolson descubrió tres piedras sepulcrales, sobre las cuales epitafios *ad hoc* testimoniaban que los personajes *in situ* eran muertos de la peste de 1338-1339. Todo un cortejo de sepulturas sincrónicas señalaba que una fuerte mortalidad había hecho estragos durante los dos años en cuestión (1338-1339). Es necesario concluir, escribe Po-

llitzer,³⁷ "que la peste había castigado severamente al centro de Asia algunos años antes de la contaminación de los puertos de Crimea (Caffa, 1346) de donde partieron todos los navíos que infectaron a toda Europa".

La ruta mongola desempeñó un gran papel en toda esta historia, si uno le cree a Pollitzer. Semirichinsk, Przevalsky y el lago Issyk-Koul, primeras cunas conocidas de la pandemia, están situadas en los bordes de los montes Tian-Chan, no lejos de los puestos d'Almaligh y de Kachgar: ahora bien esas dos aldeas representan respectivamente etapas esenciales en las dos variantes de la ruta genovesa que va de Caffa hacia el corazón de Asia y hacia China.³⁸ Que los bacilos pasados por las cercanías de esta región (que en 1338 constituye la primera zona de infección identificada) se hayan propagado enseguida hacia el oeste, de enfermo en enfermo y por "saltos de pulga" a lo largo del gran eje de caravanas turcómanas, de tropas mongolas y de comerciantes italianos, constituye un proceso plausible y conforme con lo que se sabe al cabo del tiempo sobre las trayectorias habituales del difusionismo pestífero.³⁹

Se sabe lo que siguió: el contagio transmitido por enfermos de un ejército tártaro hasta los confines de Crimea en la ruta chino-genovesa, hasta Tana y Caffa (1346). Las balistas de los tártaros arrojan sobre las murallas de Caffa, sitiadas por ellos, algunos cadáveres de apestados, los cuales infectan a los defensores italianos del puerto del mar Negro; o pudo ser que ratas infectadas pasaran bajo las puertas de la ciudad. Sanos o enfermos, aquellos sitiados que escapan de la muerte se embarcan en los últimos navíos, y se escapan hacia Bizancio, Génova, Venecia, Marsella. Ellos contaminan esas grandes ciudades y después, por ellas, a todo el occidente.⁴⁰

Sobre el trayecto de esta contaminación microbiana en el oeste europeo disponemos ahora de una serie de obras muy importantes relativas a Italia, Cataluña, Inglaterra, Portugal y la Europa germánica. En Francia algunas monografías admirables han iluminado casos regionales y locales. La necesidad de una síntesis nacional se hace sentir. Intentaré hacer aquí entonces un balance global para el hexágono; no se tratará sino de un esbozo, no pretende reemplazar la síntesis

que queda por construir. Insistiré primordialmente sobre los aspectos cuantitativos y demográficos del problema.

En la fiesta de Todos los Santos de 1343 o más tarde, en enero de 1348, la peste está en Marsella (¿llevada por un carguero genovés llegado de Crimea?) El obispo muere y se dice que con él todos sus canónigos, así como innumerables monjes mendicantes. A lo largo de Canebiere, barcos fantasmas cuya tripulación ha muerto erran arrasados por las olas; nadie se preocupa de las mercancías preciosas que todavía contienen.⁴¹

Urbana y portuaria, la peste de Provenza es igualmente campesina. Muy rápido también gana terreno, en algunos meses alcanza las ciudades y las comunidades rurales del Bajo Languedoc; se dirige hacia las muchedumbres montañosas del Dauphiné, hacia las aldeas de Forez y de Borgoña. Reencuentra así el itinerario familiar del eje Rhône-Saone que había ya recorrido una vez, en la época de la pandemia del siglo VI. En Provenza, tanto en ciudades como en aldeas, el acontecimiento toma aspecto de apocalipsis. Al respecto, las estadísticas referentes a familias concuerdan entre sí:⁴² en la bailía de Moutiers, para la que poseemos cálculos demográficos relativos a cinco localidades, el número de familias cae en efecto un 75.4% entre 1345 y 1354; la ciudad de Grasse pierde un 45.7% de sus hogares entre 1341 y 1351; tres aldeas de la vigería de Grasse sufren pérdidas comparables (baja de un 46.5% entre 1345 y 1352); en total, en diez localidades, aldeas y pequeñas ciudades donde se puede explorar su destino entre 1345 y 1355 —fechas redondas que encuadran la peste negra—, el número de hogares pasa de 8 511 a 3 839, la pérdida es de más de la mitad (—54.9%).

Para una treintena de otros pueblos y aldeas exploradas a través de los documentos, la gama cronológica es sin embargo menos apretada: el *terminus a quo* se sitúa hacia 1340, el *terminus ad quem* hacia 1365. En este caso los estados demográficos encuadran al menos dos pestes, la de 1348 y la de 1361 sin discriminar la una de la otra; el total de los hogares en esta muestra pasa de 7 860 (hacia 1340) a 4 069 (hacia 1365), una caída de un 48.2%.⁴³

En pocas palabras, es a la vez razonable y atroz considerar que al término de los dos primeros contagios (1348 y 1361) Provenza había perdido, por lo bajo, el 40% de su población anterior a la peste; lo esencial de estas muertes se debió a la primera pandemia de 1348. ¿Cómo explicar esta catástrofe indecible, que equivale, igualando todas las cosas, a lo que sería en nuestra época un holocausto nuclear de amplitud media?

La respuesta nos es dada por Guy de Chauliac, testigo animoso, en Comtat, de la pandemia provenzal: “la gran mortalidad, dice Chauliac, comenzó entre nosotros el mes de enero (1348), y duró por espacio de siete meses. Fue de dos tipos: la primera duró dos meses; con fiebre continua y esputo de sangre; y uno moría en dos o tres días. La segunda fue todo el resto del tiempo, también con fiebre continua y apostemas y carbúnculos en las partes extremas, principalmente en las axilas y las ingles; y uno moría en cinco días. Fue tan grande el contagio (especialmente el que era con esputo de sangre) que no solamente residiendo sino también mirando, uno la cogía del otro”.⁴⁴

Entonces no hay equívoco: la epidemia de Comtat se descompuso en dos segmentos cronológicos. En el curso de la primera fase, puramente invernal (enero-marzo de 1348), hace estragos una peste pulmonar, fulminante como es debido: entre los signos se individualizan la fiebre, los esputos sanguíneos, la muerte ultrarrápida, la exterminación universal, la transmisión directa del mal, de hombre a hombre por intermedio del aliento (y no a través de la mirada como cree Chauliac por una vez mal informado). Este episodio pulmonar da a los acontecimientos de los inicios de 1348 en Provenza su grado de atrocidad específica, jamás alcanzado en tiempos posteriores. En cambio, los cinco meses que siguen de la primavera al verano de 1348 se caracterizan simplemente por una peste bubónica. Por peligrosa que sea, sin embargo, mata menos que su homóloga pulmonar. Y en cuanto al futuro, tiene el valor de premonición, porque anuncia un tipo de acontecimiento que se volverá usual; en adelante, centenas de llamaradas —casi puramente bubónicas, con un porcentaje débil de complicaciones pulmonares— se producirán de nuevo en Proven-

za y en otras provincias del occidente a lo largo de siglos pestíferos que van de 1348 a 1720.

La cuestión que plantean, para 1348, los acontecimientos y documentos de Provenza puede definirse (¡pero no resolverse!) de forma muy simple. En dos palabras: ¿por qué esta catástrofe tan gigante como compleja, primero pulmonar y después bubónica? ¿Por qué ese patinazo microbiano, cuyo impacto demográfico en los países occidentales no tuvo ni tendrá jamás (esperemos) equivalente a lo largo del segundo milenio tomado en bloque?

Una pregunta de este tipo,⁴⁵ es probable, apelaría primero a respuestas puramente epidemiológicas. Suponiendo que éstas —lo que no es el caso— fuesen plenamente conocidas por la ciencia histórica y médica, cuestionarían en primer lugar los comportamientos del bacilo, cambiante a través de los siglos; las mutaciones que puede sufrir; las competencias a las que se expone de parte de otras especies microbianas. Brevemente dicho: sobre ese destino cambiante de las enfermedades infecciosas no sabemos gran cosa, salvo que existe y que determina, en cierta medida, ciertas fechas claves en el movimiento demográfico de la humanidad. Por lo inacabado de las investigaciones *ad hoc*, estos factores puramente biológicos constituyen hoy todavía la cara oscura, y sin embargo primordial, del problema de la peste negra. Otros aspectos más superficiales son relativamente mejor conocidos. Ellos permiten una aproximación útil que nos ayuda a comprender, parcialmente, diversos factores del naufragio final.

El clima primero. Tanto en el Comtat de 1348, como en la Manchuria de 1921 la peste pulmonar es un episodio invernal que se disipa con la proximidad de la primavera. Este gradiente térmico, en lo que concierne al ataque a los pulmones, es en efecto capital: trátase de un gradiente estacional —como antaño en la Francia del sur y China del norte— o bien de un gradiente geográfico (como es el caso de Madagascar: las epidemias de peste en esta gran isla permanecen bubónicas en las costas; se transforman en pulmonares una vez que se han instalado en las regiones más frescas de las altas mesetas). La colocación de una peste de pulmones en el sur de Francia, durante el

fatal invierno de 1348, se efectúa según los procesos canónicos. En primer lugar, es necesario señalar que la peste pulmonar —y no solamente la de bubones!— pudo matar a todo el ejército de famosos navíos genoveses responsables de la traída de los gérmenes.⁴⁶ En segundo lugar, las probabilidades de metástasis pulmonar en una región nuevamente infectada por el mal bubónico, como es la Provenza de 1348, son siempre engendradas durante la estación fría. Las complicaciones respiratorias y la segunda infección pulmonar, como es debido son más frecuentes y más graves de diciembre a marzo; pueden haber sido suficientes para que en enero de 1348 un ciudadano provenzal se enfermara de una simple peste bubónica, después de una septicemia (infección de la sangre), para que el germen se haya ido a fijar en sus pulmones especialmente vulnerables por el invierno. A partir de este único enfermo, o de algunos diseminados en diversas localidades de Provenza, se desata la reacción en cadena. El primer individuo convertido en apesado pulmonar es, en efecto, un hombre que habla y que tiene relaciones humanas (se está en Provenza); es también un hombre que tose (se está en invierno). El bombardea entonces con su aliento y gotitas de saliva sembradas de gérmenes a los miembros de su familia, sus amigos, los que pasan, su confesor y su notario, quienes infectados a su vez, contaminan de la misma manera a los que están cerca de ellos. Después de esto, la reacción en cadena es iniciada: la única escapatoria es el aislamiento. Pero en esos pueblos del sur, de promiscuidad sociable y menesterosa, la soledad es la última cosa en la cual piensan los constructores del hábitat.

Para que se enganche tal proceso no hay necesidad de presuponer la circunstancia de una estación fría de tipo siberiano.⁴⁷ Un invierno normalmente rudo, como el que Languedoc y Provenza conocen todavía hoy, un año sobre tres, ha sido suficiente para lanzar el ciclo infernal de la afeción pulmonar. Una vez puesta en camino se desarrolla sola por contagios innumerables. Comprobación: desde que surge la influencia suavizante de la primavera de 1348, desde que decrece la tos, los órganos respiratorios se sienten menos vulnerables; la peste provenzal, nota Chauliac,

cesa de golpe de ser pulmonar, para transformarse simplemente en bubónica.

Sin embargo, de manera imprevista, la historia social tiene algo que decir cuando se trata de apreciar el clima de un invierno relacionado con una epidemia neumónica. El frío resentido no es sólo en función de los rigores medidos por el termómetro. Varía también en razón inversa a la eficacia de la calefacción y de los vestidos. Desde este punto de vista, las gentes de Provenza y los meridionales del siglo XIV habían empezado mal.

Que la calefacción sea ridículamente inadecuada en esta provincia durante el siglo XIV cuando los bosques están pelados⁴⁸ por grupos demasiado numerosos de hombres, de cabras, de borregos es algo cierto. El traficar de esta región es cuestión de duelas y vigas para toneles o para obras de construcción; del carbón de madera para braseros de cocinas;⁴⁹ no hay más leños para chimeneas, pues apenas quedan o éstas se reducen a fogones primitivos.⁵⁰ Marsella (que disemina la peste en enero-febrero de 1348) constituye en los decenios que preceden a esta fecha una ciudad no despoblada, es cierto, pero sí empobrecida y glacial en invierno si se juzga por la mediocre llegada de leños. En cuanto al hábitat provenzal, tampoco asegura (aun si nos atenemos a las normas poco exigentes del siglo XIV) el aislamiento térmico de las poblaciones. He aquí algunos años (una arqueóloga ha excavado los restos del pueblo de Rougiers, actualmente desierto) que se remontan al periodo 1200-1400.⁵¹ Respecto a las casas, ella sacó a la luz pequeñas chozas, sin escaleras ni chimenea, con suelo mal cuadrado, fogones humosos colocados sobre la misma roca. La totalidad se hallaba engastada en una red de callejuelas ultra estrechas, donde se desarrollaba una parte de la vida social y que conjuntaba el amontonamiento con la promiscuidad. La pandemia de 1348 golpeará duramente a las pobres gentes de ese sitio; y como en otras partes, en Provenza hará desaparecer a más de la mitad de los aldeanos; su suerte, después de todo, es comparable a la de los obreros agrícolas quienes, por miles en sus casuchas frías, fueron selectivamente víctimas pulmonares de la peste invernal de Manchuria en 1920-1921.⁵²

Mal calentados, mal alojados, los provenzales están igualmente mal vestidos; dicho de otra forma ¿son vulnerables al frío de una tercera manera? es muy posible. En Marsella el comercio de cueros y de telas de toda especie (de Languedoc, de Francia, de Flandes) conoce una decadencia ininterrumpida entre los decenios 1260 y 1340.⁵³ Ciertamente, el segundo tráfico está ligado mucho más al gran comercio del Mediterráneo; en cuanto al primero, se inscribe más bien en el mercado regional. Tomados en su conjunto, sin embargo, los datos concuerdan (trátese de cueros o de telas) y sugieren que la mayoría de los provenzales de inicios del siglo XIV no tenían ni calefacción eficaz, ni casa confortable, ni vestidos calientes de tela de lana, ni buenos zapatos. En 1348 una peste de estación fría, y que ataca a los pulmones, tomará a esos infelices desprevenidos: ellos constituyeron un terreno ideal para las apariciones de metástasis pulmonares y para la reacción en cadena consecuente. No pasarán el invierno.

Pero la matanza broncopulmonar e invernal no es la única causa. Falta dar cuenta también de la violencia del fenómeno de los bubones que se exalta en Provenza y Languedoc en el mismo momento en que desaparecen, en el inicio de la primavera de 1348, los últimos trazos de la llamada neumónica.

En este segundo estadio es necesario buscar una de las causalidades fundamentales en los ectoparásitos y en la promiscuidad que los favorece. La peste bubónica y la septicemia es transmitida al hombre por los parásitos de la rata, pero también (ver *supra*) por las pulgas que colonizan de preferencia a la especie humana. Se tiene en este caso no un ciclo relativamente lento (rata-pulga-hombre-pulga-rata-hombre, etc.) sino una rotación mucho más rápida de bacilos (hombre-pulga-hombre, etc.).

¿Cuáles eran entonces las condiciones necesarias para que pudiera producirse, en la primavera y el verano de 1348, una catástrofe bubónica de tan grande envergadura? Primero, fue necesaria una cierta dosis de promiscuidad de los individuos, fácilmente creada en Provenza hacia 1348 por las adquisiciones debidas a la expansión demográfica, por la urbanización en el nivel de las ciudades y sobre todo de los pueblos y por el te-

jido del comercio. En segundo lugar, mucho depende el grado de higiene, o más bien el grado de no-higiene que practican las poblaciones. Según la exposición tan precisa (en cuanto a la vida cotidiana de los meridionales) que constituyen los registros de la inquisición realizados por Jacques Fournier,⁵⁴ (hacia 1320) los únicos baños del mundo popular y aldeano son los de aguas minerales y calientes que frecuentan los leprosos de Ax-les-Thermes. . . y los del cura de Montailou, cuando viene a encontrarse con sus buenas fortunas. . . Es poco. Yo agregaré que el desencadenamiento de la peste bubónica y la septicemia favorecida por esta mala higiene puede también derivar a veces de la costumbre local ¡del espulgamiento! Los meridionales del siglo XIV son muy golosos con respecto a esta forma de lucha antiparásitos: una de las más grandes pruebas de afecto que le pueden dar al cura de Montailou, siempre él, sus diversas amantes, consiste precisamente en espulgarlo: acostado sobre una mesa o sobre una ventana, mientras explica a su bella algunos misterios cátaros o cuando detalla los encantos de las muchachas que pasan por la calle del pueblo. . . Estos hábitos de "limpieza" están tan arraigados en Languedoc, que uno de los dedos de la mano es dedicado a esas tareas menudas y recibe el nombre de "matapiojos".⁵⁵ Ahora bien esta forma de aplastar a los ectoparásitos (¡piojos. . . y pulgas!) es a veces peligrosa para las personas que la practican porque los bacilos de la peste y del tifus, de los cuales el insecto es portador, pueden de esta manera entrar fácilmente en la circulación sanguínea a través de las minúsculas heridas que el aplastador o la aplastadora tiene en sus dedos.

Al terminar esta revisión de causalidades, reales o solamente posibles, es necesario pensar: en el dilatado sur que se extiende de Toulon a Port-Vendres y más ampliamente, de Gênes a Barcelona, ¿las carencias de la alimentación popular en vísperas de la peste negra han debilitado a los hombres, arruinado los organismos y preparado así el "terreno" de acogida para la pandemia de los pulmones? Este punto de vista aparentemente razonable fue sostenido en otro tiempo por Pollitzer⁵⁶ a propósito de la peste manchú: según este autor las deficiencias de la comida, en calo-

rías y en vitaminas, habrían abierto el camino a las neumopatías que afligieron a la población pobre de jornaleros agrícolas, en los alrededores de Kharbine, en 1921. Estas, a su vez, habrían hecho la cama para la peste pulmonar, que mató definitivamente a estos infelices durante todo el tiempo de la estación invernal. . . *mutatis mutandis*, uno está tentado a aplicar retroactivamente este esquema manchú al sur de Languedoc y de Provenza, que sufrió también, entre 1300 y 1348, catástrofes alimentarias repetidas y una pobreza crónica.⁵⁷ Afectan a la vez el hábitat, el vestido, pero también la comida de las clases bajas. . . La honestidad, sin embargo, obliga a decir que los especialistas actuales de la historia o de la epidemiología de la peste, como Biraben y algunos otros, no creen en el determinismo de la desnutrición para la circunstancia del episodio neumónico. Sin renunciar a una explicación "alimenticia" de este tipo,⁵⁸ más vale por el momento dejarla de lado. . . No hay duda que otros textos la harán salir de la alacena en que la relegamos provisionalmente.

A pesar de estas incertidumbres, es cierto que en Provenza como en otras partes, en la ciudad y en el campo, la peste negra es hija de una cultura de la pobreza, de la suciedad, de la promiscuidad. Pobreza de la vivienda y del vestido (si no del alimento) que hace aún más cruel la mordedura del frío del invierno; suciedad de la grasa y de la mugre y de las pulgas; promiscuidad en fin, a escala internacional (gran comercio eurasiático y mediterráneo) y en el nivel local (expansión demográfica, aparición de ciudades y aldeas, tráfico y migración de todo tipo). Esta triple "cultura" donde los azares de una estación demasiado fría demostrarán la vulnerabilidad, había madurado lentamente desde los siglos de la gran expansión provenzal. La problemática de inicios del siglo XIV, sentida de forma severa alrededor del golfo de Lion,⁵⁹ había atenuado ciertos de sus rasgos (declinación del gran tráfico); pero otras características de esta "cultura" habían salido reforzadas de las desgracias que rodean el periodo 1310-1340. Y en el número de éstos figura en primer plano la pobreza, probada por las hambres sucesivas, por las protestas incesantes de los aldeanos

(contra la usura y la deflación),⁶⁰ por los bajos salarios de los trabajadores agrícolas, mozos cavadores y gavilleras de las viñas.⁶¹ Todo estaba listo en 1348 para el desencadenamiento de la catástrofe, que tal vez no hubiera llegado, o que al menos no habría alcanzado las proporciones de un cataclismo, si la casualidad de un mal invierno no hubiera conferido al choque de los bacilos su capacidad máxima. ¿El invierno 1347-1348 fue —paradoja de una coyuntura meteorológica que se encuentra raramente en el sur francés— frío y húmedo? Esta hipótesis explicaría la propagación de enfermedades broncopulmonares que proporcionarían el terreno idóneo a las formas más violentas de la peste.

Más allá de las fronteras del Rhone y de los altos Alpes, la peste francesa, en la mitad del siglo XIV, no ofrece sino una réplica edulcorada, borrosa a veces, de su homóloga provenzal. Lo borroso proviene, primero, de nuestra ignorancia estadística, que tal vez se disipe cuando un erudito realice para otras provincias el recuento masivo del estado de los hogares que ha logrado Baratier en Provenza, antes y después de 1348. En cuanto a la edulcoración, procede directamente de los hechos: viajando del sur hacia el norte, de un extremo al otro del territorio, la peste pierde en efecto una parte de sus capacidades destructivas. Se puede, además, explicar muy bien esta atenuación progresiva. En Provenza la epidemia era invernal, entonces pulmonar, y por lo mismo apocalíptica. En la Francia de *oïl*, en cambio, el mal no llega sino un poco más tarde, en primavera, después en verano. Por esto es esencialmente bubónica: y su impacto, por atroz que sea, está más circunscrito que en el caso precedente. En materia de epidemias, más vale, hechas las cuentas, peste de bubones que peste de pulmones: para verificar esta teoría del mal menor es suficiente con seguirle el rastro a la pandemia del país de *oc* al país de *oïl*.

En el punto de partida, en el bajo Languedoc, uno se encuentra todavía, como en Provenza, en las primeras líneas del frente pulmonar. Los estragos en Languedoc son superlativos y la situación no ofrece ninguna diferencia con los territorios mediterráneos situados al este del Rhône.

Las ciudades, Castres, Albi, pierden el 55% de su población (pero Toulouse, parece que pierde solamente el 30%). El campo, a falta de documentos o tal vez de investigaciones *ad hoc*, es menos conocido. Pero algunas aldeas de Languedoc para las cuales se tienen estadísticas presentan la misma tasa de exterminación que Provenza: más del 50% de los hogares, donde los efectivos de la asamblea de electores reposan en la tumba o en la fosa común en una sola peste (1348), o en dos pestes (1348 y 1361). En Narbona y en los alrededores, el mal de invierno o de "cuaresma" de 1348 (léase: la peste pulmonar) se ha llevado, según un testigo, la cuarta parte de las personas; y los bubones que florecen en primavera continúan la masacre.⁶² Los occitanos que, sean de Languedoc, de Provenza o del Comtat, estaban totalmente desarmados contra esta peste de invierno (la de los pulmones), lo están un poco menos frente al avatar bubónico: para madurar los bubones pestíferos utilizan los emplastos de las buenas mujeres del campesinado montañés: higos y cebollas cocidos, machacados y mezclados con levadura y mantequilla.⁶³ En cuanto a chivos expiatorios, o son los agentes del rey de Inglaterra, o bien la trilogía notable (y sobre la cual convendría reflexionar): los pueblos acusan a los judíos,⁶⁴ los nobles, los leprosos. . .

Sin embargo subiendo hacia el norte, y hacia las altas tierras del Macizo Central, la epidemia se quita el lastre poco a poco de una porción de su potencial explosivo. Los montañeses, claro está, por su lugar de nacimiento, no están inmunizados contra el bacilo de Yersin. Los montañeses de los altos Alpes lo experimentan: campesinos casi desnudos, pobres, bajan a Aviñón en 1348 para enterrar muertos por un buen salario. . . Ahora bien, esos libertinos, escribe un cronista, no hacen huesos viejos. . .⁶⁵ Después de algunas inhumaciones el contagio los pilla a su vez. La relativa inmunidad de las montañas, si es que es real, no proviene de un estado de gracia del organismo sino de las particularidades del entorno. Los montes de Forez y de Saboya proporcionan algunos ejemplos demostrativos.

Subiendo el valle del Rhône cuyo papel a lo largo de este peregrinar hacia el norte parece decisivo, la peste está en Lyon en mayo de 1348.

De allí, explota por todas partes como una bomba, en hogares múltiples que se diseminan al oeste, al este, al norte. En Forez, Saboya y Borgoña.

Una vez más, es la ciudad más grande la que sirve de pivote, después en orden jerárquico y decreciente lo son las pequeñas ciudades. Lyon, herido por la peste desde finales de la primavera contamina por arriba del eje montañoso que va de Beaujolais a Cévennes, la hondonada o pequeña "Limagne" de Forez.⁶⁶ Feurs es la primera aldea central de esta "Limagne" que se contagia de peste, después las ciudades del borde del caracol se contagian del mal bubónico vía Feurs a lo largo del verano de 1348. Enseguida, de vecino en vecino la epidemia se extiende en las montañas de Soir, limítrofes con el este de Forez: la pandemia hace así la mancha de aceite y llega a esos montes, bajo la forma pulmonar, durante el invierno de 1348-1349. Al fin de la carrera, la última oleada de la peste en Forez se extiende hasta las montañas más altas y las menos pobladas, situadas en el borde extremo de la "hondonada": Bois-Noirs y los montes de Forez, donde el contagio toma su tiempo y mata discretamente, del fin del invierno de 1349 hasta la fiesta de Todos los Santos.⁶⁷ Por último, son privilegiados los grupos que viven aislados en las montañas, las zonas de gran altitud alejadas de las vías de pasaje y de los caminos vecinales (montes de Pilat, montes de la Madeleine y otros confines del mundo); ellos ignoran completamente la gran pandemia de 1348 y de todos los años que siguen.

La peste cayó entonces como un meteorito en el centro de la región de Forez. Los círculos concéntricos que dibujan la propagación de su influencia se extendieron y se extinguieron progresivamente hasta el pie de los montes que bordean el caracol. En cuanto a las pérdidas humanas (que en Forez son sobre todo de origen bubónico) alcanzan un porcentaje menos colosal que en Provenza y en el Languedoc, arrasadas por las metástasis pulmonares. Forez pierde en 1348, de un cuarto a un tercio de sus habitantes. Mientras que las provincias mediterráneas vieron algunos meses antes caer la mitad de sus efectivos. En cuanto a las montañas de Forez los fallecimientos tienen un porcentaje más bajo, ya que golpean a menos de la quinta parte de los individuos.⁶⁸

La exterminación de Forez en la mitad del siglo XIV no tiende en la tumba o en la fosa sino entre el 20% o el 23% de autóctonos. Es poco en relación a las tasas que se registran en las regiones de Marsella o de Montpellier. Es suficiente a pesar de todo para ocasionar, tanto en Forez como en Comtat, las sesiones de azotamiento comunal que brotan espontáneamente, a pesar del elero, del pánico y de la devoción popular. Diversos textos meridionales han descrito el fenómeno de 1348: descalzos, cubiertos de cenizas, gimiendo y arrancándose los cabellos, los *apaleados* del país llano se castigan con fuetes muy agudos; haciendo esto creían atraer hacia ellos toda la flagelación del mundo enviada por Dios, bajo la forma de la peste, al género humano para castigarlo por sus pecados.⁶⁹

En Saboya, la peste rural y de pequeñas ciudades parece muy comparable a la de Forez. Sin duda en 1348, una buena mitad de los aldeanos de Saboya parece haber desaparecido en la delgada región explorada por los documentos. . . En Saint-Pierre-de Soucy el número de habitantes cae de 108 en 1347 a 55 en 1349, y en otras siete parroquias, de 303 a 142. Pero ¿un 50% y más de esos "feligreses" poseedores de hogar realmente murieron? La duda cabe, porque tres años más tarde, en 1352, el número de hogares en Saint-Pierre y en otras siete comunidades subirá 4/5 partes de lo que era en 1348; y en seguida se mantendrá en esas tasas tan elevadas.⁷⁰ Una parte de los pretendidos "desaparecidos" de 1348 no fueron muertos y enterrados; migrantes móviles, como lo saben ser los de Saboya, huyeron para regresar después a sus casitas una vez que la plaga parecía haberse conjurado.⁷¹ La peste de Saboya, probablemente bubónica y no pulmonar, fue entonces, si se juzga por las cifras, bastante benigna (todo es relativo) en relación al cataclismo de Provenza. Esto no impide que, matando por lo menos 1/5 de la población de Saboya, cause en los sobrevivientes daños psicológicos de consecuencias incalculables: desde la fiesta de San Juan de 1348 hasta agosto bajo la amenaza o bajo el golpe de la epidemia, los pueblos o aldeas de Saboya (Yennes, Aiguebelle) matan a sus judíos acusándolos de haber puesto veneno en las fuentes. En cuanto a los israelitas de Chambéry, son

encarcelados a su vez en diciembre de 1348 y después masacrados por el populacho.⁷²

Después de Saboya y Forez toca el turno a Borgoña, por atroz que sea no está acompañado por los progroms de Saboya ni por el apocalipsis de Provenza. Surgida en verano, es casi puramente bubónica. En Givry, gran ciudad,⁷³ la peste llega por los ríos Rhone y Saône, se inicia en la segunda quincena de 1348, progresa en agosto y culmina en septiembre del mismo año, a razón de una decena diaria de muertos, récord batido el 10 de septiembre de 1348: 24 muertos. Es muy severa todavía en octubre, se borra finalmente el 19 de noviembre. En su apogeo de agosto-septiembre no mató "sino" a 615 personas (puede deducirse que no fue pulmonar), apenas un tercio de los 2 000 habitantes que contaría Givry la víspera de la epidemia.⁷⁴ Una vez más se está en presencia, como en Saboya y sobre todo en Forez, de un golpe de hacha. Pero de todas maneras no es la exterminación masiva (casi uno de cada dos hombres) que se encuentra meses antes en Provenza y el bajo Languedoc, en el momento de la pandemia pulmonar e invernal.

Más al norte esta impresión de respiro y atenuación es aún más marcada que en Borgoña. Se toma clara conciencia de esto, por poco que se quiera acompañar en su progresión al bacilo pestífero, a lo largo de su caminata cada vez menos triunfante a través de la cuenca parisina que lo lleva hasta Flandes. Hace muchísimo tiempo que se ha señalado, entre la parte oeste y la parte este de los Países Bajos, la existencia de una vasta zona urbana y rural que apenas fue contaminada (¿es el caso de Brabant?) o bien se halló completamente protegida (conciérne a Limbour y la Hesbaye del este) ante los daños de la peste negra.⁷⁵ Todo parece como si las dos "pinzas" de la epidemia, una abatiéndose a partir de Francia en 1349, la otra desde Alemania en 1350, no se hubieran cerrado completamente: habrían así delimitado o preservado, en el año crucial de la mitad del siglo, en los alrededores de Brujas y de Gante un "santuario" territorial a las puertas del cual se paró la infección. La existencia de otros "santuarios" del mismo tipo era plausible desde 1348 en la zona sur de la Francia actual: uno de ellos parece haberse individualizado (en la

misma hora del episodio pulmonar en plena Provenza y Camargue) en los alrededores de Beaucaire y Tarascón, donde el número de hogares no disminuyó nada.⁷⁶ Lo mismo en Béarn⁷⁷ y en la dilatada región de los Pirineos, las montañas jugaron en 1348, como frecuentemente lo hacen, el papel de pantalla antipeste y de grupo humano aislado. (Es verdad que desde este punto de vista los Pirineos no perdieron nada por esperar. Los censos de 1385 encontraron el Béarn tan despoblado como los países aquitanos que lo bordean al norte. Es de creer que los habitantes de esta provincia protegidos de la pandemia de 1348, sucumbieron a los contagios de las décadas siguientes, precisamente llamadas "pestes de montañas";⁷⁸ es posible que hayan emigrado, para llenar bien o mal las zonas vaciadas por la primera peste en las regiones circunvecinas. . .) Como en Flandes, Béarn o Camargue, diversas campiñas de la región parisina parecen haberse constituido por causas oscuras en áreas delimitadas, casi vírgenes de peste.

Sea lo que sea, la peste negra en Ile-de-France y Champagne fue esperada con todos los signos de la ansiedad más viva: en la región de Champagne, el desastre fue presagiado, si se cree a un médico de la época,⁷⁹ por el viento cálido del sur, por las brumas fétidas, por las enfermedades de primavera y otras "viruelas", por las disenterías o fiebres pútridas que eran la moneda corriente de la epidemiología del siglo XIV. . .⁸⁰ Una vez acaecida, la peste justificó la angustia que la había precedido. Introducida en París por el pueblo de Roissy-en-France, golpeó cruelmente la capital, ciudad monstruosa y por lo tanto vulnerable. En lo más fuerte del ataque, habría habido 800 muertos por día en la gran ciudad y cincuenta mil víctimas en total durante los dieciocho meses que habría durado el contagio. Estas cifras, en tanto tales son perfectamente dudosas, sugieren sin embargo que la demografía del pueblo parisino fue atrocemente mutilada a lo largo de los meses decisivos, sugerencia confirmada por datos locativos y sobre todo por las curvas salariales: en el hospital Saint Jacques aux Pèlerins los salarios de los obreros de la construcción, estables en valor nominal y real de 1339 a 1348, despegaron justo en esta fecha, brincaron de sencillo a doble



en el espacio de un año; esta alza se confirmó y acentuó hasta 1360. Entre tanto, los precios de los granos, a pesar de algunos sobresaltos, no aumentaron.⁸¹ Entonces el salario real se acrecentó poderosamente; la culpa es de los bacilos, claro está, que mataron a numerosos obreros, desequilibrando el mercado de la mano de obra, aumentando por compensación las ganancias de los sobrevivientes. Las clases pobres sufrieron en su carne esta peste parisina y sus desgracias fueron débilmente compensadas con algunas conso-laciones salariales.

Las élites de la capital, en cambio, no perdieron sino un pequeño porcentaje de sus efectivos⁸² y las campañas de Ile-de-France también atravesaron la tormenta sin sufrir muchos daños. Ciertas comunidades, claro está, sufrieron mucho: Saint-Denis, para su desgracia, sirvió de relevo entre el hogar inicial de Roissy-en-France y la capital misma. Diversos pueblos fueron diezmados hasta el punto de ser abandonados por su cura; o bien fueron dañados por la pandemia cuando se creían sanos y salvos y habían organizado ya grandes bailes con gaita y tambor para regocijarse de una inmunidad precaria.⁸³ Pero otras partes, ciertas regiones del viejo dominio capeto permanecieron tranquilas durante la gran peste, que no hizo sino rozar o que aun ignoró una zona de calma. Fue el caso, por ejemplo, de los pueblos del valle, llanuras y bosques que constituyen el bailiazgo de Senlis; bailiazgo en el cual la mitad del siglo XIV parece curiosamente eufórico, la peste no hizo sino pasar a lo lejos como un mal sueño.⁸⁴ Más o menos pasa lo mismo en algunas parroquias de las circunscripciones rurales cercanas a París, en las cuales se tiene la suerte de tener un *censualista* encuadrando la peste. Así cerca de Pontoise, en Gorges: contaba ese pueblo con 90 aparceros que pagaban censo al gran prior de Saint-Denis en 1327; se contarán todavía 86 en 1351. Las pérdidas debidas a la peste negra —si hubo pérdidas y peste local— son ínfimas cuando se las compara a las que se registraron en Provenza y en Borgoña.⁸⁵

Esos resultados, que se obtuvieron en una parroquia —es posible por ello, gracias a los documentos, pasar el peine fino— corroboran lo que sugiere aquí y allá una visión global del número

de hombres; en Gorges, y sin duda en otros pueblos, alrededor de París y de Senlis, la peste negra hace estragos sin duda, pero mucho menores que en el sur:⁸⁶ menos que en Marsillargues (Bajo Languedoc) o que en Givry (Saône-et-Loire). Ella no cala el efectivo de conjunto de los deudores.

Para concluir usaré, con el permiso del lector, una imagen inexacta pero pedagógica: al terminar un balance sobre la peste negra entre Rhône y Sena, se piensa invenciblemente en esos artefactos nucleares cuyos efectos, siempre horribles, son sin embargo tanto o más disparatados y atenuados conforme uno se aleja del punto del impacto. Parece que en el área mencionada la explosión devastadora afectó precisamente el sur mediterráneo, donde para desgracia de la civilización occitana, fue el pulmón quien sufrió. Las “recaídas” tan peligrosas que disemina el contagio ulterior hasta Ile-de-France, Picardía y Normandía son más bubónicas que pulmonares; su efecto es entonces desigual según las regiones; según los grupos sociales; según las zonas urbanas o rurales. Esas desigualdades son tan fuertes que excitan a veces en los beneficiarios una ironía feroz por las víctimas: “1348. . . fue la mortalidad tan grande en Normandía que los picardos se burlaban de los normandos por esto. . .”⁸⁷ En el corazón del reino capeto, está claro en todo caso que la pandemia sangró a la capital, mucho más de lo que despobló la Ile-de-France campesina. Diez años después de la peste, en 1358, momento en que se abrirá el acta decisiva de la revolución parisina, la bolsa del hombre del pueblo será singularmente reducida, pero sus fuerzas demográficas en más de un pueblo permanecerán intactas.

Después de la evocación, esencialmente francesa en este caso, del primer cortocircuito bacilar que va desde el Asia central hasta la región parisina, no me es posible describir en detalle las incursiones subsecuentes de la plaga pestífera (recorde-mos, con Biraben, que de 1348 a 1530 aproximadamente, ellas presentarán en los límites del hexágono un carácter geográficamente disperso pero en total casi anual).⁸⁸ Quisiera intentar un balance cifrado de las consecuencias demográfi-

cas del fenómeno de despoblación secular, a escala siempre del territorio francés. Me situaré en un primer momento, en la Francia de antes de la peste, a la hora de la cumbre poblacional, hacia 1330. Y en otro momento al término de las *Wüstungen* — ¡pestíferas y más que pestíferas! — en el hueco profundo del poblamiento, hacia 1450 (fecha amplia).

Balance demográfico: Francia antes de la peste

Primero antes de la peste: un siglo antes de las comprobaciones judiciales de ruina de la mitad del siglo XV, Francia hacia 1330 o 1340 rebosaba de hombres. La región parisina, la alta y media Normandía, Picardía, Dauphiné, el Languedoc central, anunciaban densidades campiranas que ya equivalían a las que se censarán en la misma región cuatro o cinco siglos más tarde, bajo Luis XIV o a veces bajo Bonaparte. El Rouergue, Provenza, Saboya, la región de Nîmes no se elevaban hacia 1330 a los niveles más altos: su nivel de población era un poco inferior a aquel que será homologado en el siglo XVIII; era bastante superior sin embargo al estiaje demográfico que conocen estas cuatro regiones hacia 1440. El estado de los hogares de 1328 confirma, en el cuadro global del reino, las certidumbres locales que acabamos de evocar. Y primero en el nivel de la comunidad de habitantes: se enumerarían en cifras redondas 24 000 parroquias en 1328, en los territorios directamente controlados por los agentes del rey. Esa cifra enorme era indicativa de una fuerte densidad de población; constituía a su manera una suerte de “techo”, que no sería jamás sobrepasado después. En el mismo cuadro territorial se censarán 23 000 parroquias hacia 1585; de 21 000 a 22 000 al final del siglo XVIII y 23 117 en 1794-1795. En cuanto al número de hogares contados en 1328, se elevaba (siempre en la porción controlada por los agentes del rey) a 2 470 000, o sea el 84.6% de la cifra obtenida al fin del siglo XVII en los mismos límites territoriales (2 919 316 hogares).⁸⁹ Otro método de cálculo, fundado sobre el efectivo medio de la parroquia tipo (99.93 hogares en 1328; 114.27 hogares en 1720) daría un porcentaje bastante

próximo: según este modo de estimación, la población de Francia en las regiones censadas en 1328 sería el 87.5% de su homólogo de 1720.⁹⁰ Para ser exacto en este dominio sembrado de dificultades conviene primero ser impreciso: digamos entonces que a grosso modo, y teniendo en cuenta el hecho de que las provincias anexadas más tarde (Provenza, Dauphiné, Saboya, Alsacia) estaban muy pobladas o al menos sobrepobladas al principio del siglo XIV, las evaluaciones propuestas en el cuadro I pueden ser razonablemente retenidas (se notará que en ese cuadro partimos de una comparación con las cifras adelantadas por Vauban para los años 1690-1700. No son ciertamente irreprochables, pero sin embargo autorizan una estadística en base a una exploración regresiva).

Cuadro I

	Población de Francia hacia 1700 en las fronteras del fin del siglo XVII ⁹¹	Estimación de las mismas fronteras hacia 1328
Hipótesis alta (poco real)	20.9	18.3
Hipótesis media	19	16.3
Hipótesis baja (la menos real)	17.1	15

(Cifras en millones de habitantes)

Vista esta “gama” no parece absurdo pensar que en 1328, en la hora de la sobrepoblación después de la expansión demográfica un poco delirante del siglo XIII, “Francia”, en los límites aproximados del hexágono actual contaba entre 16 y 17 millones de habitantes. Esta masa humana de 1328 es gigantesca cuando se piensa en los débiles medios disponibles para vivir: faltan no solamente los recursos de una agricultura muy productiva, como es la nuestra; sino además, en todo o en parte, los simples auxiliares que durante el siglo XVIII permitieron bien o mal hacer subsistir a 20 millones y después a 25 millones de franceses. Entre estos “auxiliares”, algunos de

los cuales son subalternos y otros capitales, figuran: el comercio exterior y colonial, la masa monetaria, la industria citadina y campirana, las redes urbanas, de carreteras, administrativas, burguesas; y también imposibles de cifrar, pero estimulantes: el saber-hacer y la competencia de los agentes económicos. . . Todos estos factores, débiles y a veces ausentes en el inicio del siglo XIV, en el siglo XVIII influyeron mucho para empujar, sin revolución tecnológica, la economía hacia el crecimiento.

Sobre esos poblamientos tan numerosos de los años 1300-1340 hacen estragos, a pesar de las sangrías de hombres operadas por las hambrunas ocasionales, las más lógicas maldiciones. Las admirables hazañas regionales, como las que realizan la viticultura bordalesa o los grandes dominios de trigo de la cuenca de París no impiden que, en su conjunto, la situación sea más bien sombría. Las grandes roturaciones, terminadas hace mucho tiempo, chocan contra los suelos marginales o los bosques cuya sobrevivencia se prueba indispensable para las necesidades de la madera de construcción y del combustible. La "frontera" medieval, cuyo avance había permitido la expansión del mundo agrario, cesa de progresar en adelante. Los rendimientos del grano llegan a su límite, y esta estabilidad molesta, recién adquirida, no es difícil de explicar: la revolución agrícola surgida de la alta Edad Media, que dio el arado, el collar del caballo, la difusión del molino, había fecundado desde hace mucho tiempo, de sus recaídas benéficas, la economía de los periodos románico y gótico. Pero la tecnología agrícola parece en adelante, por algún tiempo, escasa en innovaciones decisivas. . .

El inicio del siglo XIV, con su poblamiento pletórico afrontando la inelasticidad del producto bruto, es el tiempo no de una crisis, en el sentido vago de esta palabra comodín, sino de una sociedad bloqueada o casi bloqueada, en sus profundidades campiranas. Y tanto más vulnerable a los accidentes coyunturales, como por ejemplo, en su furor inédito, el hambre de 1315. En este entorno desfavorable los campesinos se doblan y a veces mueren bajo la triple opresión, típicamente ricardiana y malthusiana, que hace caer sobre ellos el peso de las rentas, el miserabilismo de los

salarios y la exigüidad de las parcelas. Los dueños del suelo, en efecto, toman la ocasión de la demanda de tierras, implicada por el hormigueo de los campesinos, para colocar en los niveles más altos la renta de la tierra, dominial o señorial, decimal, léase fiscal. La oferta de brazos, demasiado abundante, contribuye por su parte a aplastar los salarios en todas sus formas: monetarias, naturales o mixtas. En fin, el progreso demográfico de los siglos anteriores indujo, como una cuadrícula durable del suelo, la división exagerada de las parcelas; éstas coexisten, no sin frustración, con la vasta reserva de tierras explotadas directamente por el señor o por su granjero. Reserva que no puede ser tan extensa como en otros tiempos se creyó,⁹² pero cuya amplitud no es del todo despreciable.

Estos males acumulados no eran, después de todo, necesariamente insoportables. Los campesinos de Francia verán pronto otros —por ejemplo a lo largo de las peores fases de un siglo XVIII trágico— sin que por ello se desplome la sociedad de la cual serán miembros. Por desgracia, hacia 1340 los dioses están contra los rústicos. Después de algunos episodios bélicos bien conocidos que corresponden a la "Guerra de los Cien Años", la peste de 1348 (véase *supra*) inaugura las catástrofes en repetidas ocasiones, muy frecuentemente bacilares en todo o en parte, que van a destruir la población nacional. Un siglo de pruebas múltiples corre así, y hacia 1445 la "piel de zapa" se instaura en sus dimensiones mínimas. Se puede en adelante cuantificar la exigüidad nueva, sea de fecha reciente o de hace muchísimo tiempo, de la población "post-*Wüstungen*".

Balance demográfico (continuación) El grado cero de poblamiento (hacia 1445)

Nuevamente de sur a norte: en Provenza, en territorios comparables, se cuentan 70 000 hogares antes de la peste negra; 30 000 jefes de familia en 1471; 130 000 casas en 1765.⁹³ Las "unidades" en cuestión (hogar, casa, jefe de familia) están lejos de ser rigurosamente compatibles. Resulta que el mínimo bajo-medieval en las grandes provincias del extremo sur es seguramente infe-

rior en una buena mitad a las máximas antes citadas de los siglos anteriores y posteriores. En Languedoc también, todos los datos convergen hacia una apreciación del mismo orden,⁹⁴ ya sea que se trate de las listas electorales, las relaciones de los comulgantes o las listas de los contribuyentes. La documentación del siglo XV (entre 1410 y 1480) denuncia siempre que, a grosso modo, los efectivos humanos son inferiores en un 50% a los anteriores a la peste o a los de después del Renacimiento (esta segunda expresión incluye la segunda mitad del siglo XVI, el siglo XVII aun en la mala época y, claro está, el siglo XVIII).

En la diócesis de Ginebra (una parte de la cual se extiende sobre los territorios actuales de Saboya),⁹⁵ se poseen estadísticas del número de hogares que conciernen, según las fechas, a 200 ó 500 pueblos. El índice 100 se halla afectado en los años del casi-mínimo demográfico (1443-1445); dos métodos de cálculo —el primero tiene en cuenta datos de 1470 y el segundo descuida éstos— permiten reconstituir, por una cadena de índices, el movimiento de la población entre 1339 y 1518 (véase el cuadro II).

Estas cifras dicen sin misterio la espantosa baja en “caída libre” de 1339 a 1411; después muestran una baja continua hasta 1443 (la población diocesana en esa mitad del siglo XV no es más que el 42.5% de lo que era en 1339). Lo que sigue, un estancamiento o una estabilización como uno quiera llamarlo, se instaura hasta 1470-1482. La muy ligera recuperación que se inicia desde la década de 1470 se transforma en innegable progreso de 1482 a 1518, pero en esta última fecha los pueblos del Genevois están lejos de haberse recuperado, quedan muy lejos los altos niveles de 1339.

Regreso al periodo de la caída: tras el estancamiento que se dibuja alrededor del lago Léman durante el siglo XV, se nota que lo esencial de las desgracias que lo causaron no es imputable a los conflictos armados. La diócesis de Ginebra vivió en paz durante todo este periodo de depresión demográfica (desde la mitad del siglo XIV hasta 1475). En estas condiciones, la caída de la población del campo puede y debe explicarse por otras causas: por una débil parte, es el éxodo rural (la ciudad de Ginebra se desarrolla en el si-

Cuadro II

Diócesis de Ginebra		
	Índice del nivel de población (1er. método)	Índice del nivel de población (2do. método)
1339	234.8	234.8
1411-1414	115.2	115.2
1443-1445	100	100
1470	98.5	
1481-1482	99.5	101.2
1518	128	130.1

glo XV, pero pequeña todavía, no ha podido absorber sino una parte del desvío humano que nos preocupa). Es necesario entonces incriminar (como el antecedente menos sustituible de la baja) a las pestes y otras epidemias y también al ciclo infernal de la decadencia económico-demográfica que se desarrolla un poco por todos lados en la Europa de esos tiempos: la recesión drástica de los mercados, provocada por los golpes sombríos que producen en el seno de la población mortalidades continuas. En lo que concierne al factor pestífero, es suficiente con referirnos a los espantosos recuerdos de infancia del maestro de escuela Platter, testigo en Suiza de la mala salud persistente que constata todavía a principios del siglo XVI: “mi padre atrapó la peste y murió. . . De mis hermanos y hermanas, conocí dos hermanas, Elsbett y Cristina. . . Cristina murió en una epidemia de peste y nueve personas más en total con ella en el mismo lugar”.⁹⁶

Ginebra proporciona una curva detallada al historiador que busca una tendencia precisa. El caso ginebrino, además, parece lo suficientemente típico (aun en el porcentaje de la caída) del destino de conjunto de los Alpes del norte: el Dauphiné y el Faucigny, por ejemplo, no enumeran en 1475 sino a un número de hogares global que representa el 47.7% del total de 1339: las montañas, todo el valle de Isère están entre las regiones más despobladas: aquellos de sus habitantes que sobrevivieron a las epidemias y otros desastres eligieron abandonar los suelos pobres, se instalaron en la llanura, más rica, colmando el vacío que habían dejado allí las epidemias.⁹⁷

Más al norte, en Borgoña, los numerosos *investiga hogares*, debían permitir en un breve plazo el perfeccionamiento de una síntesis de demografía bajo-medieval, tal como lo logra Baratier para Provenza. Ahora bien, se sabe que la región de Borgoña padeció mucho la peste negra, que en la aldea de Givry ésta hizo desaparecer un tercio de sus habitantes (véase *supra*). A continuación, en el siglo XV, algunos datos muy dispersos pero convergentes apuntan la existencia previsible de un “piso” de poblamiento en relación al “techo” de fines del siglo XIII. En cuatro pueblos de la castellanía de Saint-Romain (departamento actual de la Côte d’Or) se contaban 119 hogares en 1285, es decir, medio millón de habitantes. Ahora bien, esas mismas localidades enumeran 36 hogares en 1423 y contienen alrededor de 30 a 50 hogares entre 1430 y 1460;⁹⁸ es una baja de más de la mitad. En Ouges,⁹⁹ otra ciudad borgoñona, había 70 u 80 hogares en 1268; una cincuentena (de 1/4 a 2/5 eran hogares pordioeros) entre 1375 y 1400; 13 hogares (solamente tres de ellos solventes) en 1423, al término de un grupo de años particularmente desastrosos y después 15 hogares en 1430; 28 en 1436; 34 en 1444; 42 en 1450; una cincuentena hacia 1470. . . El punto más bajo de la ola se sitúa hacia 1420 y 1430 y, de todas maneras, hasta 1445 llega solamente a la mitad de las alturas demográficas del fin del siglo XIII. En resumen, trátase de los cinco pueblos antes citados o de las zonas urbanas y suburbanas de Chalon-sur-Saône,¹⁰⁰ despobladas en un 58% entre 1360 y 1413, la Borgoña rural y citadina está en el abismo hacia 1420; todavía está mal (a pesar de su recuperación en algunos puntos) entre 1425 y 1450.

Esas cifras borgoñonas han sido plenamente confirmadas por la encuesta reciente de Marie-Thérèse Caron:¹⁰¹ en diez pueblos del Tonnerrois se encuentran 352 hogares en 1423 (cifra baja en relación a 1400-1402). Ahora bien, esas diez localidades, como lo pude verificar con Saugrain, tendrán 940 hogares hacia 1700.

El piso bajo-medieval en Tonnerrois es de 37.4% con respecto al nivel de uno de los “techos” modernos, y no el más elevado de entre ellos.

En la región parisina (para cerca de 80 parro-

quias repartidas entre el deanato de Montmorency y el archidiaconado de Josas) la despoblación entre 1328 y 1470 es al menos de dos tercios; alcanza tasas análogas, y tan aterradoras, en el baliazgo de Senlis y en Beauvais.¹⁰² En Normandía es peor todavía: hacia 1450 el país de Caux —según uno de los historiadores más recientes— había perdido las tres cuartas partes de los efectivos humanos que se enumeraban allí en 1315.¹⁰³ La causa inmediata de ese hundimiento casi increíble son seguramente las guerras, pero también en buena parte (en la medida que éstas diseminan los otros factores de muerte) el hambre e igualmente, lo que nos concierne, las epidemias; una, estimulada por las depredaciones de las cosechas y por la destrucción del capital agrícola y las otras, trasmitidas por las pulgas de los militares y de los miserables. . .

Dejemos la Normandía mártir, para la que en relación con esta época Guy Bois propone la idea de un “modelo Hiroshima”. Hacia el oeste, en Bretaña (región que no está situada, como Normandía o la Ile-de-France, en el corazón de ese “caldero de brujas” que es Francia durante las guerras de los Cien Años) se contaba entre 1 000 000 y 1 250 000 habitantes hacia 1390. (la cifra “de antes de la peste” no es conocida). Hacia 1450, este efectivo bajó según parece en un cuarto: una casa de cada cuatro está vacía. Ahora bien, ese millón de bretones de la mitad del siglo XV se puede comparar a los dos millones de habitantes con que contará la misma provincia hacia el final del siglo XVII.¹⁰⁴

No se tienen cifras precisas para el fin de la Edad Media en Bordelais. Pero la encuesta de 1459 realizada por el arzobispo de Bordeaux¹⁰⁵ indica, para una muestra de 330 parroquias, que un cuarto de ellas está en un estado de deserción total o al menos muy avanzada. La mayor parte de estas comunidades pueblerinas volverán a florecer después. Pero cómo no pensar en esas condiciones de 1459: un nivel de población muy inferior al que reinaba anteriormente, antes de la guerra y antes de la peste, en tiempos de la dominación de los ingleses. . . Es posible, según investigaciones recientes, que la población haya disminuido en dos tercios.

Guardé para el fin de este párrafo los proble-

mas especiales que conciernen al extremo norte del país francés o “francófono” (en el siglo XV). Todo indica que la crisis, a veces menos pronunciada que en los otros territorios, no fue despreciable. ¡Se necesita tanto! En Artois, 32 pueblos contaban con 2 121 familias en 1229; se enumerarán solamente 1 222 en 1469.¹⁰⁶ La reducción es menos dramática en la Ile-de-France o en Normandía (donde las pérdidas son del 72%). Esto implica de todas formas una regresión del 43% de los efectivos en relación a la *bella* Edad Media. En Cambresis la población del siglo XV es más baja que la del buen siglo XVI: en 12 pueblos, 495 hogares son descontados en 1444 contra 563 en 1469 y 640 en 1540.¹⁰⁷ Se notará una vez más que el hueco del siglo XV (en relación al pleno del siglo XVI) está lejos de estar tan marcado, en Cambresis, en Provenza o en Languedoc.

En Hainaut, buenos historiadores habían creído tener que minimizar las pérdidas consecutivas a las *Wüstungen* del fin de la Edad Media. De hecho, estas pérdidas fueron probablemente pesadas: a lo largo de la peste negra diversos pueblos, para los cuales se conservan censos, pierden la mitad de sus hogares (según G. Sivery). A continuación, la población de Hainaut continuará descendiendo imperturbable, aunque moderadamente: cae en efecto a 31 000 hogares en 1365 (fecha de la primera meseta baja conocida después de la peste), a 22 000 hogares durante los dos malos periodos del siglo XV (1400-1424, y 1479 a 1501).¹⁰⁸ Estas, es verdad, están separadas una de la otra por una recuperación feliz que lleva a la población de Hainaut, momentáneamente hacia 1450, a 28 000 hogares; nivel próximo al de 1365 pero muy inferior a las altas mesetas de antes de la peste negra.¹⁰⁹

A pesar de los matices precitados, Artois y aun más todavía Hainaut fueron también dañados por la crisis. Para encontrar poblaciones menos dañadas es necesario ir hacia el norte. En Brabant, que la peste negra parece apenas haber tocado, los numerosos hogares caen de 92 000 en la mitad del siglo XIV a 75 000 hacia el fin del siglo XV. Es una pérdida moderada, de 19%.¹¹⁰

Revisados estos expedientes tan diversos es posible hacer una “medición global”. Claro está, con las reservas y las aproximaciones de costum-

bre; teniendo en cuenta también un gradiente de las catástrofes: menos implacables para el extremo norte.

En presencia de estas cifras y al término de una evolución de conjunto es permisible arriesgar, en relación al tema de la población de Francia, algunas sugerencias: esta población, en los periodos de más o menos gran plenitud, alcanza como se sabe alrededor de 17 millones de habitantes (hacia 1330) ó 19 millones (hacia 1700). En el momento más bajo del hueco demográfico (hacia 1440-1470) no podía pasar de diez millones de personas, si es que no estuvo abajo de esa cifra: diez millones, o sea una baja del 42% muy moderadamente calculada en relación al techo probable de 1328. Baja calculada en forma muy moderada, sin duda. . .

Diez millones de almas (entonces de ocho a nueve millones rurales), tal es la proporción razonable y de todas maneras el *maximum* que se puede esperar de esta baja demográfica en el extremo fin de la Edad Media.

La gran culpable, puesta en evidencia por los pintores de las danzas macabras, es la muerte. Porque no hay ninguna razón para pensar que el siglo XV francés se haya caracterizado, del lado de la fecundidad, por un rechazo sistemático de la vida. Probablemente la edad del matrimonio (que apenas se conoce para esta época) no será más elevada que entre 1600 y 1800.

Ahora bien, el hecho de que en este segundo periodo las muchachas de muchos lugares juzguen bueno casarse hacia los 25 años o aun más viejas todavía, no impedirá a la población (gracias a una mortalidad más baja) acrecentarse mucho: al menos en el siglo XVIII. No es entonces, para regresar al siglo XV, la edad tardía del matrimonio suponiendo que lo fuera efectivamente— lo que haría estancar a la población o lo que la precipitaría hacia el abismo.

A falta de este factor, ¿sería un rechazo a engendrar, nacido de una contracepción primitiva o de una amenorrea del hambre, de la miseria o de la angustia, lo que explicaría los bajos niveles demográficos del siglo XV? Lo poco, lo muy poco que se conoce no inclina a pensar que esto sea así. En Cambresis, Hugue Neveux —quien utiliza las fechas de distribución de víveres a las partu-

Cuadro III

Población en "época baja" del siglo XV

Regiones situadas hoy, en todo o en parte, en el "hexágono"	Baja en relación a antes de la peste	Inferioridad en relación a la edad clásica (siglo XVII)
Provenza	57%	
Languedoc	50%	<i>idem</i>
Grésivaudan	60%	
Dioc de Geneve	57%	
Borgoña	+ de 50	
Región parisina	baja de 2/3	
Normandía	baja de 3/4	
Bretaña		50%
Artois	43%	
Hainaut	baja probable de la mitad	

rientas— ha podido calcular el intervalo medio entre los nacimientos en un pueblo. Ofrece, a falta de algo mejor, un índice aproximativo de fecundidad.¹¹¹ Este intervalo es 29.5 menor en la época de bajo poblamiento (1468-1482), contra 30.5 menor en 1559-1575, cuando la población conoce tiempos mejores. Se ve que la población de Cambresis al declinar la Edad Media no cede en nada a la de Beauvaisines, tan fecunda en la época clásica. Ahora bien, a pesar de esos esfuerzos las mujeres de Cambrai, en tiempos de nuestro Luis XI, no logran parar el declive o frenar el estancamiento demográfico: un factor se opone entonces a su empresa. Ese factor es la mortalidad; la esperanza de vida muy recortada provoca la ruptura precoz de las uniones conyugales, antes de que la esposa haya tenido tiempo de recorrer lo esencial de su carrera fecunda. Así, a pesar de una fecundidad absolutamente normal y "pre-malthusiana", el número de nacimientos por hogar (índice grosero de "natalidad") en el pueblo antes citado de Cambresis es de 2.2 entre 1476 y 1481-1482, contra 3.1 entre 1559-1560 y 1574-1575. Separadas muy pronto, las parejas del siglo XV eran, a pesar de su alta fecundidad, menos productivas de niños en total que las familias de las siguientes épocas.

La muerte es la gran culpable de la recesión poblacional, y entre las causas de muerte la peste no cesa de tener grandes titulares. La peste bajomedieval florece en la miseria de las pulgas, responsable de la contaminación de hombre a hombre.

En una región dada, la peste en el siglo XV puede golpear aproximadamente cada diez años (región de Chalon-sur-Saône;¹¹² o todos los 2.3 ó 4 años, léase anualmente; es el caso del país de Toulouse,¹¹³ quien, como todo el Sur, es mucho más pestífero que la Francia del norte. En conjunto, los pueblos son probablemente los más golpeados, sin embargo el campo no se salvó. A la escala francesa la peste en el siglo XV está presente permanentemente: cada año sin excepción hace estragos en algún cantón del reino. Desde el momento que se la considera de esta manera (en el plano nacional), el ciclo de la enfermedad no implica sino remisiones breves (jamás más de dos o tres al año en el periodo 1350-1540); remisiones que, de todas maneras, no son jamás totales; subsiste siempre un pequeño centro pestífero en alguna parte: cerca de Caén, de Béziers o de Beauvais, según los años. Este ritmo endiablado que mantiene la peste en permanencia, es el que conocerán todavía, después de que haya desaparecido en Occidente, ciertos países islámicos hasta cerca de 1840. En las cercanías de esta fecha medidas profilácticas muy simples (cuarentena, etc.), como las que fueron adoptadas en Europa desde la mitad del siglo XVI, harán que las epidemias pestíferas en los países musulmanes sean más espaciadas.¹¹⁴ Parece, si se juzga por esta comparación, que en el siglo XV las poblaciones europeas, y especialmente la francesa, están todavía desarmadas ante la peste (ellas combatirán por el contrario, de manera racional y finalmente victoriosa en la época clásica). Al final de la Edad Media uno se fiaba demasiado todavía para escaparse del asunto, en las procesiones a San Roch, o bien uno se limitaba a hacer prueba de fanfarronería: se actuaba a veces como si nada pasara; no se tomaban a veces las medidas enérgicas de desinfección, de expulsión, de aislamiento que adoptaron cada vez más las oficinas de salud de las ciudades, después los funcionarios y finalmente los militares en el siglo XVI y sobre todo en los siglos XVII-

XVIII. El resultado en cada década bajo-medieval son nuevas y múltiples hecatombes que bombardean los efectivos humanos y que prolongan, como a fuego lento, el estancamiento demográfico, sin que logren sin embargo impedir el progreso final, que llega en fecha variable según las regiones a lo largo de la segunda mitad del siglo XV.

Se puede decir que, al lado de la peste, la guerra y el hambre tuvieron en Francia un papel eminente como aceleradores de la despoblación. Pero la historia comparada tiene el mando: en otros países de Europa no encontramos ese mismo conjunto de factores. Alemania, Italia, Inglaterra, los países escandinavos, Cataluña y Portugal pudieron haber sufrido episodios guerreros entre 1340 y 1450: sus pueblos escaparon en lo esencial a las devastaciones realizadas en Francia durante la "guerra de los Cien Años". El término mismo "guerra de los Cien Años" no tiene, por lo demás, ninguna significación en lo que concierne a la mayor parte de las naciones del continente, fuera de Francia. Y sin embargo, todos esos países conocieron durante el fin de la Edad Media un despoblamiento secular de un tercio o de la mitad, muy comparable al que se registra en Francia. En Alemania, la curva polínica de la turbera del Rhône indica que las *Wüstungen* de la segunda mitad del siglo XIV y del siglo XV son las más intensas y prolongadas que jamás hayan registrado el año mil y el siglo XVIII.¹¹⁵ Puesto que la guerra está fuera de la cuestión en tanto factor global susceptible de actuar a escala de la misma Europa, conviene considerar otros elementos explicativos. ¿Entonces el hambre? o dicho de forma más general, ¿la serie secular de crisis de subsistencia sucesivas? ¡Pero veamos! Ella sola no podría explicar la reducción drástica, en un siglo, de la población de Occidente. Porque las hambres que siguen a medio y largo término terminan todas por sí solas por crear rápidamente las condiciones de su propio apaciguamiento. Al bajar el nivel de poblamiento hacen posible el retorno de la abundancia frumentaria. Su capacidad para explicar —desde el instante de que se trata de una población masiva y secular— es entonces muy débil. Más generalmente, la

sobrepoblación de los años 1280-1310 y el te-chamiento pletórico de efectivos humanos a principios del siglo XIV, podían terminar y han terminado en efecto (como lo mostró Postan siguiendo la huella de Malthus) en una estabilización demográfica, léase un descenso moderado de la población bajo-medieval (se encontrará un fenómeno del mismo género en una coyuntura bastante análoga en el siglo XVII, el estancamiento, después el desbordamiento poblacional del siglo XVI). No había sin embargo ningún motivo, necesario, para que las sobrepoblaciones del comienzo del siglo XIV engendrasen, por el solo hecho de su imposición anterior, la serie apocalíptica que se registra a partir de 1348. Esta ha requerido de hecho para producirse la añadidura de un factor adicional, que para todos los países occidentales *ha hecho la diferencia*: este factor —exógeno desde el punto de vista de Europa, pero endógeno desde el punto de vista de Eurasia— es el bacilo de Yersin. Sin la intervención suplementaria de esa plaga venida, para nosotros, del exterior, no se ve cómo los sobrepoblamientos de inicios del siglo XIV habrían encontrado en *sí mismos* la energía dialéctica que les hubiera sido indispensable para transformarse —por una pirueta a la Hegel— en su contrario; y para dar los efectivos tan débiles, tan flacos y tan radicalmente contrastados con los de antes de la peste, que se encontrarán casi por todos lados hacia 1450. Queda entonces, como el antecedente menos sustituible y como factor común de una debacle general de la población, la muerte epidémica y más particularmente la peste repetida, concebida como resultado del cortocircuito microbiano, del que he intentado dibujar las grandes líneas. Bien entendido, las pestes a su vez se insertan regionalmente en un proceso global y mucho más complejo, del cual Abel y sobre todo Postan han precisado los lineamientos en brillantes síntesis. La despoblación nace de las pestes como primer motor, éstas engendran las crisis económicas de mala venta y de marasmo, acompañadas de gangsterismo guerrero (Postan) que contribuyeron mucho a dañar la población. Pero los factores derivados por sí mismos no habrían podido dar cuenta de la extraordinaria extrañeza y, digamos la palabra, del carácter inaudito de los aconteci-



mientos demográficos que se encadenan en Europa occidental entre 1348 y 1450. Ellos son de tal manera inauditos que no pueden compararse sino a los resultados que en nuestros días tendrían las guerras nucleares y bacteriológicas. El carácter a la vez universal y monstruoso de las catástrofes biológicas que tienen lugar al final de la Edad Media no se sabrá comprender si no se le da su verdadero lugar —que es necesariamente el primero— a la causalidad microbiana.¹¹⁶

El genocidio amerindio: los trabajos de Woodrow Borah

En los siglos XIV y XV la unificación microbiana concierne, por lo menos, a Eurasia hasta el oeste del Tíbet y especialmente a Europa occidental, cuyo caso es bien conocido; tal vez concierne también a China donde los signos sospechosos de ahogo demográfico se hacen sentir al final de nuestra Edad Media (en cronología europea).

A partir del extremo fin del siglo XV, sin embargo, y durante los cien o cincuenta años que siguen, los procesos de polución epidémica dan un paso de gigante en dirección al oeste, más allá del cabo de Finisterre. De aquí en adelante es una gran parte del continente americano quien sufre el impacto de la “unificación”: las capacidades devastadoras de ésta se hacen sentir en adelante sin común medida con las sin embargo ya muy intensas que habíamos anotado para Europa. En el centro de la meditación sobre el apocalipsis americano es necesario colocar, evidentemente, la obra de Woodrow Borah.

El historiador de Berkeley ha revisado en efecto, o más bien ha destruido las ideas de Soetber que se negaba a creer en las catástrofes posteriores a la conquista en lo que concierne al caso mexicano.¹¹⁷ Para esta revisión desgarrante, los documentos masivos más diversos han sido utilizados por Borah: fuentes pictográficas de la época del Renacimiento, que provienen de los indígenas; encuestas y censos españoles; datos del fisco que, con la ayuda de cálculos muy simples relativos a la carga de impuestos globales, la imposición por familia y el número de personas por

matrimonio permitieron reconstruir aproximadamente el efectivo humano de la época de tal o cual punció fiscal. Por supuesto, la imprecisión es fuerte, y las cifras finales, en millones y en centenas de millares de almas, son solamente, según Borah, “una adivinanza en el punto central de un margen de error probable” (*a guess at the mind point of a probable range*).

Con este método, sin embargo, Borah y su equipo logran obtener estimaciones impresionantes para el México anterior a la conquista. Es verdad que el cultivo del maíz permitía mantener mucho antes de Cortés una población considerable; los signos de saturación malthusiana no faltaban por lo demás: se habían registrado ya algunas hambres a lo largo del siglo XV, y la persistencia de sacrificios humanos, después de todo, podía ser interpretada, por qué no, “como el signo de que la cultura local contenía diversos elementos favorables a una limitación de los efectivos de los sujetos. . .”

Dicho esto, lo peor no es siempre seguro; la catástrofe final no era inevitable; los hechos bien establecidos de tensión malthusiana que se registraban en México a fines del siglo XV habrían podido conducir, en ausencia de contacto exterior e infeccioso, a un puro y simple estancamiento de larga duración de la población, el cual hubiera sido del mismo tipo que el que se registró en muchas regiones de Europa en el siglo XVII.

El choque exógeno de la conquista —que, no es necesario recordar, fue realizada por Cortés contra el imperio azteca en 1519-1521— es el que debía echar abajo esta demografía frágil, cierto, pero relativamente estable si se hubiera mantenido en un contexto endógeno puro, suponiendo que hubiera podido mantenerse virgen de polución exterior.

En una primera apreciación Cook y Simpson¹¹⁸ propusieron las cifras siguientes para la hemorragia postcortesiana de la población del México central:

1519	11 millones de habitantes
1540	6.4
1565	4.4
1597	2.5

1607	2
hacia 1650	1.5
1700 cerca de	2
1793	3.7

Esos números, ya sorprendentemente altos al remontar la cronología y terriblemente deprimidos al bajar la misma (1650), evocan mejor que un largo discurso el impacto de las incursiones españolas y de la toma de posesión que ellos hicieron posible. Las investigaciones siguientes, que llevaron a Woodrow Borah a los prolongamientos de su primer libro, terminan por reforzar todavía, hacia arriba y hacia abajo si así se puede decir, esta impresión de desplome. Un estudio riguroso de la *Suma de visitas* compilada en 1547 permite al historiador americano revisar en alza las cifras mexicanas relativas a la primera mitad del siglo XVI.¹¹⁹ Estas, continuadas para las de la década siguiente, deberían leerse como sigue:¹²⁰

1518:	25.2 millones
1532:	16.9
1548:	7.4
1568:	2.6
1580:	1.9
1595:	1.4
1608:	1.1

Tal cuadro evoca, entre 1518 y 1608, la instauración persistente de una tasa de decrecimiento demográfico: ésta se sitúa entre -3% y 6% por año. Calculadas sobre una base local, las tasas en cuestión son especialmente atroces en las bajas regiones costeras del México central, más expuestas a las enfermedades y a los contactos. Estos son menos elevados en la meseta mexicana misma: relativamente sana en comparación y a veces menos contaminada que la región baja. El descenso —medido sobre la escala logarítmica que reemplaza las pérdidas absolutas por porcentajes— comienza a disminuir a partir de 1580, fecha tras la cual las epidemias, inmediatamente después del infierno del matlazáhuatl, se transforman en menos apocalípticas. Es entonces a lo largo de los veinte últimos años del siglo XVI cuando se alcanza el piso demográfico, desde el cual mucho más tarde —posteriormente a 1650— una recupe-

ración volverá a ser posible: ésta no será, durante mucho tiempo, sino una mediocre y parcial recuperación.

Monografías puntuales, como la que concierne a la región de la Mixteca alta,¹²¹ completan y confirman las medidas globales que efectúa así Woodrow Borah:

Población de la Mixteca alta

1520	700 000 habitantes
1532	528 000
1540	100 000
1569	57 000
1660-1670	30 000
1742	54 000
1777	74 000
1803	76 000
1826	65 000

En ese caso también las tasas de decrecimiento son primero absolutamente catastróficas; pero comienzan a decrecer, puede decirse, a partir de 1580, una vez que se alcanzó el “piso” de los efectivos. La recuperación, lenta y penosa no se inicia en esa región de la Mixteca alta sino después de 1660 y no se confirmará sino más allá de 1850.

Esta meditación numérica se acompaña, en Borah, con la realización de una serie de índices complementarios, cuidadosamente estudiados para el periodo de 1520-1650; el historiador de Berkeley subraya primero un vivo contraste: la demografía india se desploma, pero la población blanca está mejor inmunizada o protegida contra las epidemias y plagas diversas que ella se encarga sin embargo de esparcir. Desde 1570, hay 60 000 blancos en el México central: habrá 125 000 en 1646, 565 000 en 1742 y 784 000 en 1772. Al mismo tiempo, la destrucción de la masa india se acompaña de una crisis del abastecimiento que proporcionaban normalmente los dominados de piel coloreada, para uso de los dominadores de piel blanca: al fin del siglo XVI las entregas de pavos y de pollos disminuyen, el producto del diezmo en granos cae. Se deben crear los *latifundia* dirigidos por los colonizado-

res para paliar las carencias siempre más graves de la agricultura indígena, que se deteriora por falta de brazos. Pequeña consolación: a medida que el hombre indio se enrarece, el ganado, vacas y borregos por millones de cabezas, toma su lugar. Un irremediable proceso de erosión se desencadena con esta invasión de ganado, transformado en devorador de hombres o que reemplaza a los cadáveres humanos. Sistemas a base de corveas, de casi esclavitud por deudas (léase de liga a la gleba) son instaurados: el colonizador espera que sea el remedio al déficit abierto de la mano de obra autóctona. Como entre los europeos de los siglos XIV y XV, el costo del trabajo de los mexicanos (cuya oferta se rarifica) aumenta mucho más rápidamente que el de las materias primas y de los productos agrícolas. Los salarios que se inflan no son la sola causa. Los textiles, golosos de mano de obra, veían multiplicarse sus precios por 20 ó 30 entre 1520 y 1610; en cambio, la inflación del curso de los granos, más dependientes de los factores puramente naturales, es claramente menos fuerte que la que afecta a los tejidos. Falta también en México, después de 1580-1600, mano de obra para las minas argentíferas; el déficit local de población durante la primera mitad del siglo XVII se transforma en una de las causas de la falta de plata que asfixia gradualmente, desde lejos, la economía mediterránea. Y esto hasta que intervenga en México, todavía después de 1670-1700, la recuperación demográfica y minera. Aun la coyuntura de construcción de iglesias se conforma fielmente a la tendencia de la población en Nueva España: en el México español de las primeras décadas, dice Borah, se construía con intensidad para la más grande gloria de Dios, como se construirá para el beneficio más tarde en Europa, en los más bellos tiempos de la Revolución industrial. Se despilfarraba en medio de cánticos la mano de obra india para obras sagradas. Y después de 1576-1579 los constructores de las catedrales deberán renunciar a sus proyectos. . . No se les cortaron los créditos necesariamente, pero no había ni albañiles, ni sobre todo mano de obra para construir la casa de Dios. . . ni suficientes fieles para llenarla.

Borah se interroga brevemente sobre las causas de la caída demográfica, acompañada por un

cortejo de fenómenos secundarios. Ellas se explican en gran parte por los fenómenos epidémicos, consecutivos a la unificación microbiana. No se trata, claro está, ni de absolver ni de blanquear la colonización española, tan cruel como cualquier otra. No se trata tampoco de negar el hecho de que los indios en algunos casos, adoptaron una verdadera actitud suicida: se dejaron morir, o bien renunciaron a procrear. Pero esas causas no pueden ser sino adicionales o parciales. El factor central permanece siendo microbiano, como lo prueba que las regiones de Asia y Africa que tocará la colonización europea no registrarán genocidios o etnocidios tan radicales como los que fueron constatados en el Nuevo Mundo. Las poblaciones autóctonas de los viejos continentes se mantendrán y después se expandirán. La relativa benignidad del contacto en el Antiguo Mundo no fue debido a una amabilidad particular de los conquistadores, sino a la inmunización, al menos parcial, que disfrutaban los colonizados del terruño en relación a los microbios que circulaban hacía mucho de un extremo al otro de Eurasia y de Euráfrica. Al contrario, los indígenas del Caribe, de México y de América del Sur y del Norte debieron absorber en una sola vez el choque de innumerables agentes patógenos: éstos infestaban hacía mucho tiempo el viejo continente, pero su acción nociva era desconocida hasta hacia 1500 en los territorios recién descubiertos que iban a formar el Nuevo Imperio español. Las enfermedades venidas de Europa, benignas o menos benignas, tales como el sarampión, la viruela, las diversas variedades de gripe o la escarlatina, toman por ese hecho dimensiones de catástrofe allende el Atlántico. El matláhuatl que al final del año 1570 echa a la tumba a una gran porción de lo que queda de la población autóctona "no es, tal vez, sino una forma (anodina para los blancos) de influenza".¹²³ Los europeos habían llevado con ellos lo grave y lo menos grave, la peste y la influenza; pero esas diversas plagas, vigorizadas a costa de la humanidad local que las ignoraba en gran parte, se conjugaron sin discriminación las unas respecto a las otras, para dar el golpe de gracia, o poco faltó para darlo, a las poblaciones indígenas de América.

Pero las regiones mexicanas no son las únicas

en cuestión. En Perú, los trabajos de Nathan Wachtel permiten ver claro en cuanto a los problemas locales que plantea en su tiempo, entre las Cordilleras, la unificación microbiana. Desde la conquista de Pizarro hasta el fin del siglo, Wachtel¹²⁴ refiere impresionantes hecatombes. El imperio inca, en sus límites tradicionales contaba con 7 u 8 millones de habitantes (¿tal vez 10 millones?) hacia 1530, o más exactamente hacia 1524, antes de la primera epidemia. Pero éstos eran 2.5 millones hacia 1560; o sea que hubo una baja de menos del 60% en 30 años. Y 1.3 a 1.5 millones en 1590; o sea, una baja suplementaria de -40% en los treinta años siguientes. Se notará que en total, la baja es menos catastrófica en el Perú que en la meseta mexicana, donde desaparece, en el mismo lapso, 95% de los efectivos autóctonos. Se notará también que en Perú hay, como en México, una ruptura de la pendiente a lo largo del "hundimiento" demográfico. De 1560 a 1590, las tasas de erosión se encogen en relación a 1530-1560; lo más temible ha pasado, aun si, a pesar de esto, se mantiene hasta el fin de siglo una situación de catástrofe demográfica.

Los paroxismos cortos de las epidemias peruanas se sitúan:

a) En 1524-1526 (sarampión y/o viruela): esas infecciones proliferan aun antes de la conquista del país a causa de la difusión de los gérmenes patógenos que se opera a lo largo de las poblaciones autóctonas, desde el México ya penetrado por los europeos, hasta Perú. Los blancos se hicieron entonces preceder por sus microbios.

b) En 1546 (enfermedad indeterminada, contagiosa y mortal que se caracteriza por dolores de cabeza y de oído).

c) En 1558-1559 (viruela).

d) En 1585-1591: combinaciones, de trayectoria y cronología diversas, de viruela, de peste bubónica o de tifus y de catarro o tos acompañada de fiebre (¿gripe?).

Interrogados sobre las causas de su despoblación, los indios denuncian con valor ante sus encuestadores el impacto mortal de los malos tratos y de las corveas abusivas a las cuales los someten los conquistadores. Pero subrayan ante todo el papel capital y primordial de las epidemias. Vueltos menos numerosos, los autóctonos están por

ese hecho a lo largo del siglo progresivamente mejor nutridos (un fenómeno del mismo género había sido ya notado en Europa después del genocidio pestífero de 1348-1350). Los peruanos veían, sin razón, en esta alimentación más abundante una de las causas de su más elevada mortalidad. Sin duda ellos tienen razón cuando incriminan por otra parte el hábito nefasto del alcoholismo, introducido por el colonizador: ellos precisan, no sin motivos, que éste contribuyó a sembrar la muerte en sus filas.

El caso insular

Gracias a Borah y a Wachtel disponemos de una visión de conjunto en cuanto a los problemas de la unificación microbiana, considerada para el continente americano en las regiones de poblamiento más denso. Las reflexiones de Borah en este dominio se han ampliado en un espacio más vasto todavía, gracias a la toma en consideración de los grupos étnicos incomunicados de las islas: mucho tiempo protegidos contra la polución bacilar, éstos fueron en efecto bruscamente sometidos al choque de los agentes patógenos llevados por los marinos y por los colonos venidos de Occidente.¹²⁵

La encuesta "insular" de Borah demuestra que existen, a lo largo de la fase de conquista del mundo por Europa, ciertas culturas que se comportan demográficamente como América continental (tienen tendencia a hundirse como un *soufflé*, léase desaparecer sin dejar otro rastro que un minúsculo mestizaje con los invasores; son, en este caso, víctimas de una verdadera "liquidación física" por los microbios). Otros grupos humanos, por el contrario, se comportan bien o aun tienen tendencia a extenderse al contacto con los intrusos venidos del mundo blanco. La línea de demarcación entre esos dos tipos de comportamiento demográfico se sitúa en el corazón del concepto de unificación microbiana.

Poblaciones desaparecidas: las de las islas del Caribe, especialmente la Española (Santo Domingo). Las divergencias sobre la población precolombina de esta gran isla son, entre los mejores histo-

riadores, extravagantes: P. Chaunu enuncia en 1964,¹²⁶ la cifra de tres millones de habitantes en Santo Domingo para 1492. Woodrow Borah, en un estudio fuertemente documentado,¹²⁷ encuentra *¡siete a ocho millones de almas!* Señala cifras de decrecimiento que reproduzco aquí; son para azorarnos, yo le dejo la responsabilidad:

Caída de población de la Española

1492:	Probablemente 7 a 8 millones de habitantes
1496	3 770 000
1508	92 000
1509	61 000
1510	65 800
1512	16 000
1514	27 800
1518	15 600
1540	250
1570	125

Charles Verlinden, en cambio, en los *Mélanges Braudel*,¹²⁸ quiere solamente creer en la existencia total “de 55 000 a 65 000 individuos en la isla de Haití en la víspera del desembarco de Colón”.¹²⁹ Es verdad que Verlinden no tuvo conocimiento del último estudio de Borah: (1971) éste confirma, precisa y aun refuerza la estimación de Chaunu. Es verdad también que las apreciaciones de los dos autores —Borah y Verlinden— varían de todo a todo en cuanto a la evaluación de los ritmos de decrecimiento. Según el autor americano pudo pasar en los periodos más intensos de la despoblación total de Haití entre 1492 y 1570, que muriera el 40% de los indígenas todavía sobrevivientes *cada año*. ¡Decrecimiento geométrico! Verlinden admite solamente, sin además explicarse más, y por razones de pura verosimilitud (?), una baja *global* del 33% de la población haitiana durante la primera parte de la conquista, entre 1492 y 1509 y una baja global de 50% entre 1492 y 1514. “Lo que es ya suficientemente aterrador”,¹²⁹ concluye, no sin razón, el historiador belga.

No siendo especialista, me cuidaré de decidir entre Verlinden y Chaunu-Borah. Constato sin embargo que esos tres autores están de acuerdo

en un punto de importancia para nuestro concepto: los tres concluyen en efecto en la erradicación total o casi total (mestizaje grupuscular aparte) del poblamiento indígena de la Española entre 1492 y 1570. La causalidad infecciosa primero no está en duda, tampoco en ese dominio, para franceses, belgas y americanos. La Española —como tantas otras islas bien protegidas primero, colocadas bruscamente después en la primera línea del frente de contactos— ha sido víctima, en un medio no inmunizado previamente, de un verdadero ajuste de cuentas microbiano.

Cambiamos de océano: en relación a las islas del Pacífico, la síntesis de Borah propone porcentajes de caída a veces menos radicales, pero casi siempre catastróficos:

Australia	300 000 aborígenes antes de 1780; 80 000 en 1937.
Tasmania	2 000 indígenas antes de la colonización; cero en 1876.
Nueva Zelanda	300 000 a 500 000 Maoris antes de la penetración europea; 40 000 hacia 1900.
Nuevas Hébridas	Puede ser un millón de habitantes antes de la penetración de los europeos; 40 000 en 1939.
Hawaii	400 000 habitantes hacia 1778; 71 000 en 1853. 40 000 indígenas hacia 1890-1900.
Islas Marquesas	80 000 habitantes antes de los europeos; apenas 2 000 en 1939.
Guam	70 000 a 100 000 en 1668; 1 654 en 1733.

Esos territorios de Oceanía, con un retardo marcado debido a un desfase temporal de colonización, se conforman entonces a un modelo de hundimiento encontrado en América desde el siglo XVI. Se notará el contraste local entre ese comportamiento y el de los pueblos de Asia (China, Japón, India) y aun Africa: a pesar del estancamiento, léase retroceso momentáneo o prolongado de los efectivos (especialmente en Africa por la trata de negros), no se nota en efecto, entre las poblaciones colonizadas del Antiguo Mundo, algo que sea comparable a

los genocidios microbianos de las zonas de América y del Pacífico insular. Notable desde este punto de vista es el caso de Indonesia y de Filipinas. Esos archipiélagos, relativamente próximos a las grandes civilizaciones del continente vecino, tienen en efecto un comportamiento "asiático" y no "Pacífico": sus poblaciones no se hundieron "como un soufflé". A pesar de los reveses momentáneos, los efectivos humanos conocen fases de sano crecimiento, en pleno régimen colonial, a partir de tal o tal periodo del siglo XVIII. La razón de ese estado de cosas es muy simple: Filipinas e Indonesia, por relaciones numerosas, están en contacto ininterrumpido con los países vecinos, situados en el extremo oriente continental. Los dos grandes grupos de islas están incluidos en la comunidad que cubre una gran parte del Asia densa, desde India hasta China, que por otra parte ha anudado muy antiguos contactos con Europa. La llegada de los occidentales en persona para Filipinas y para los indonesios, no se revela, epidemiológicamente, más peligrosa que para los japoneses, los chinos o los habitantes de India. En cambio, las islas del Pacífico, situadas más al este, no se benefician de esta inmunización parcial por la vía de contactos antiguos; estuvieron sumergidas en el frente bacilar desde el siglo XVIII, a imagen de lo que pasó en América doscientos años antes.

Para terminar este punto reproduciré aquí, condensando a veces y explicitando, la fuerte conclusión de Borah: la correlación, escribe más o menos el maestro californiano, no está entre primitivismo y despoblación: sino en el grado de aislamiento o de aislacionismo antes del contacto con Europa, y la amplitud de la destrucción demográfica, una vez establecido ese contacto. Esto sugiere que el factor más importante de la destrucción demográfica ha sido la diseminación de las enfermedades. Las regiones ligadas con las líneas de tráfico a larga distancia desde Europa hasta el extremo oriente absorbieron el impacto de enfermedades variadas en largos periodos de tiempo; tuvieron así la posibilidad de recuperar y de construir una resistencia inmunológica. Los pueblos del Nuevo Mundo y después de Oceanía, que vivían en aislamiento completo o casi completo, absorbieron, en algunos decenios, el im-

pacto de todas las enfermedades que podían ser diseminadas. Ellos recorren en un muy breve periodo la serie de choques que Europa y el extremo Oriente fueron capaces de amortiguar en muchos milenios.

Las bacterias y los virus, en efecto, hicieron efectiva la unidad del globo aun antes que el hombre hubiera logrado realizarla por su propia cuenta.¹³¹

Conclusión

Se me permitirá para terminar, retomar esta última frase de Borah, corriendo el riesgo de cambiar su sentido en mi beneficio.

En mi exposición partí de la idea de una comunidad microbiana de antaño, incompletamente realizada en Eurasia y totalmente inacabada del lado de América. En estas condiciones, los accidentes, los cortocircuitos eran siempre posibles. La probabilidad de esos accidentes aumentó a lo largo de la Edad Media clásica y en vísperas del Renacimiento; a medida que se acrecentaban las grandes masas demográficas en expansión: masa china, masa mediterránea y europea; masa amerindia; y también en la medida que esas grandes masas —rodeadas por sus hordas de ratas y de pulgas— se anudaban las rutas que atravesaban, en Asia central, las zonas prohibidas de la endemicidad. El peligro se transformó en apremiante a partir del momento en que los genoveses, temibles diseminadores de las pandemias, comenzaron a franquear el mar Negro hacia el Asia central recientemente unificada por los mongoles, otros "culpables"; y después lo hizo de nuevo, cuando uno de esos genoveses se enfiló directo hacia el oeste, yendo a la cabeza de los conquistadores ibéricos. Se está tentado de hacer una aproximación con nuestra época donde la proliferación de armas nucleares transforma los accidentes siempre posibles, en probables. Para atenerme a la fase crucial de los siglos XIV y XVI, el riesgo de una catástrofe ecológica y biológica de primer orden era tanto más grande en la medida en que las poblaciones amenazadas se encontraban en estado de menor resistencia: esta carencia referente a la resistencia pudo ser parcial (caso de Europa) o

casi total (caso de América). Y esto frente a tal o cual plaga: plaga pestífera, sobre todo, en Eurasia; plagas de toda especie en América (y más tarde en el Pacífico). Así una buena parte de las grandes masas humanas, especialmente en Europa y en América (reservo el caso de Oceanía, ejemplar es cierto, pero tardío y muy minoritario), fueron pasadas entre 1348 y 1600 al horno de un holocausto microbiano, parcial en Europa, pesadamente mayoritario en América continental, completo o casi completo en el Caribe. El dibujo de las curvas demográficas, con sus hundimientos prodigiosos durante los siglos europeos XIV y XV y durante el siglo XVI americano, con sus penosas recuperaciones a continuación (expansión compensatoria del siglo XVI europeo, recuperación demográfica del México del segundo siglo XVII), necesariamente influyó todos los ritmos de la historia mundial hasta nuestros días. La demografía representa una de las variables de fondo y de punta de todo el modelado del futuro del hombre. Y más allá de la demografía, el cataclismo biológico es lo que está en cuestión, desbordando el cuadro demasiado estrecho de las teorías puramente económicas de Postan. No son

solamente las raíces alimenticias, es el árbol de la vida misma el que ha sido cortado.

Después de 1530 en Europa, después de 1650 en América, el tiempo de los hundimientos mayores y universales parece sin embargo pasado. No se nota más en el registro microbiano sino catástrofes regionales, inmensas, es cierto (destrucción de Alemania por el complejo de epidemias y de violencia que acompaña la guerra de Treinta Años), o bien se constata en genocidios marginales, que son más indignantes para la conciencia universal que decisivos para la historia global: pienso en la exterminación de origen infeccioso que se observa a partir del siglo XVIII en Oceanía (véase *supra*). La difusión del cólera en el siglo XIX demuestra sin embargo que los tiempos de la unificación microbiana están lejos de haber terminado, aun para los países euroasiáticos. Al menos esto ha cesado de tener las dimensiones de apocalipsis que se conocieron en los dos lados del Atlántico, de 1348 a 1650. En cuanto a la elaboración del destino humano, la unificación microbiana, como fenómeno de contaminación ligado a la expansión y a los intercambios, pierde su imposición a partir de la edad moderna.

Notas

- 1 *Revue Suisse d'Histoire*, tomo 23, fasc. 4, 1973.
- 2 J. Biraben y J. Le Goff, "La peste du haut Moyen Age", en *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, 1969.
- 3 Véase el artículo de J.P. Goubert, J. Meyer y J.P. Peter, en J.P. Desaiue et al., *Médecins, climat, et épidémies a la fin du XVIIe siècle*, París-La Haye, Mouton, 1972.
- 4 Elizabeth Carpentier, "Autour de la peste noire", en *Annales, ESC*, 1962.
- 5 R. Pollitzer, *La peste*, Ginebra (Organización Mundial de la Salud), 1954.
- 6 Abbé A. Tollemer, *Un sire de Gouberville, gentil-homme campagnard au cotentin*, París-La Haye, Mouton, 1972.
- 7 J.F.D. Shrewsbury, *A History of Bubonic Plague in the British Isles*, Cambridge University Press, 1970; y J.N. Biraben, *Les hommes et la peste*, París, 1975.
- 8 Sobre esas referencias diversas, Shrewsbury, *op. cit.*, p. 12.
- 9 Biraben y Le Goff, *art. cit.*
- 10 *Ibid.*
- 11 Los problemas del nivel demográfico de antes de la peste en Inglaterra han hecho correr mucha tinta entre

los investigadores que son especialistas en este sector. Yo no pretendo inmiscuirme en este debate, me limito a citar aquí la opinión de los mejores historiadores-demógrafos británicos: E.A. Wrigley, *Société et population*, Hachette, 1969, p. 78.

12 M. Morineau, *Les faux-semblants d'un démarrage économique: agriculture et démographie en France au XVIIIe siècle*, París, A. Colin, 1971, p. 83 (Cahier des Annales, núm. 30).

13 J.N. Biraben, "Conceptions médico-épidémiologiques actuelles de la peste", en *Concours medical*, 26, enero, 1963.

14 Citado por C.S. Barsocas en *Journal of History of Medicine*, vol. 21, núm. 4, 1966, p. 395; según Philip Ziegler, *The Black Death*, Penguin Books, 1969, pp. 113 y 296.

15 Biraben, *art. cit.*, 1963, p. 622.

16 El párrafo que sigue está inspirado en Biraben y Le Goff, *art. cit.*

17 Biraben y Le Goff; 1969, p. 1493.

18 Sobre esas condiciones ecológicas complejas, cf. Biraben, 1963. La permanencia de la peste en Asia central es asegurada, escribe Biraben (21.1, 1963, pp. 620-621),

por la existencia "de un complejo denso de roedores muy resistentes y de roedores sensibles. Los roedores resistentes no limitan la infección como se creía no hace mucho, sino al contrario por el mantenimiento como nodrizas de pulgas infectadas (y tal vez como portadores de gérmenes). Contaminados por las pulgas, padecen una enfermedad poco grave, éstas sobreviven mucho tiempo en las pieles o en las madrigueras donde el microclima es favorable; es por ellas que los roedores vecinos podrán ser infectados. En contraste, en los centros temporales (y por ejemplo en Occidente), la persistencia está asegurada un cierto tiempo por los roedores campestres que no poseen ni una resistencia suficiente a la enfermedad, ni la densidad, ni la sedentariedad necesaria para la creación de un hogar permanente". La peste a la escala multiseccular es permanente en Asia central, evanescente al contrario en el largo plazo en Occidente.

¹⁹ La peste del siglo VI no había sino rozado a Renania.

²⁰ Para una buena visión comparativa de las dos pandemias, véanse las cartas de Biraben y Le Goff en *Annales*, 1969, pp. 1500-1502 (peste del siglo VI), y Carpentier en *Annales*, 1962, p. 1071 (peste de 1348).

²¹ Al menos si se sigue a Shrewsbury.

²² Polonia más o menos evitada por la peste negra: E. Carpentier, *art. cit.*, 1962. Bohemia no sufre demasiado: Frantisek Graus, "Autour de la peste noire au XIV^e siècle en Bohême", en *Annales*, 1963, pp. 720-725.

²³ Biraben y Le Goff, *art. cit.*, 1969.

²⁴ Biraben y Le Goff, *ibid.*

²⁵ Pollitzer, *op. cit.*, pp. 15 y 269; Biraben, *art. cit.*, 1963, p. 620.

²⁶ Pollitzer, *op. cit.*, pp. 269-271.

²⁷ Pollitzer, *ibid.*, pp. 335-336.

²⁸ Biraben, *art. cit.*; Baltazard, según G. Girard, "Peste tellurique et peste de fousissement", en *La presse médicale*, 30 mayo, 1964.

²⁹ R. Grousset, *L'Empire des steppes*, París, 1939; para una bibliografía del tema, la cual (y el cual) sobrepasa completamente el cuadro del presente artículo, se me permitirá hacer referencia a las publicaciones recientes de Louis Hambis, *Gengis-Khan*, París, 1973 y el de Chantal Lemerrier-Quellejey, *La paix mongole*, París, 1970.

³⁰ Lemerrier-Quellejey, *op. cit.*

³¹ G.I. Bratianu, *Recherches sur le commerce génois dans la mer noire au XIII^e siècle*, París, 1929, p. 219.

³² Lemerrier-Quellejey, *op. cit.*, p. 46.

³³ También aquí nuestra bibliografía sobre la ruta de la seda, en su nueva fórmula a partir del siglo XIII, no pretende la exhaustividad: véase, por ejemplo, J. Heers, *Gènes au XV^e siècle* (texto integral), París, 1961, pp. 366-67 (véase el mapa); Robert Lopez, *Naissance de l'Europe*, París, A. Colin, 1962, pp. 298-99; Francesco Peglotti, *La pratica della mercatura*, editada por Allan Evans, Cambridge (Mass.), 1936, pp. 21-22.

³⁴ Peglotti, *op. cit.*, pp. 21-22.

³⁵ Heers, *op. cit.*, p. 367.

³⁶ Nos hemos servido de diversos autores (véase principalmente la edición de 1960 de la *Enciclopedia Británica* [art. "Plague"], del libro de John Stewart utilizo una serie de artículos aparecidos en tres volúmenes de las *Memoires de l'Académie de Saint-Petersbourg* (VII serie), de 1886 a 1896 y principalmente en los volúmenes 34-4 y 37-8.

³⁷ Pollitzer, *op. cit.*, p. 14.

³⁸ Heers, *op. cit.*

³⁹ Sobre la cronología de la difusión de la peste, a partir de su eclosión mongola, nos referiremos a la admirable cronología que ha dado Jean Glénisson, *Le temps des perils, 1300-1500*, p. 67sq., en la colección *Les métamorphoses de l'Humanité*. J. Glénisson piensa que si la peste no hubiera llegado a Europa por Caffa habría venido de todas formas, desde Asia central, vía Antioquía y Asia Menor.

⁴⁰ Sobre el aspecto de los acontecimientos (por lo tanto fundamental) de la propagación de la "peste negra" (a la cual dejaremos su nombre convencional), nuestro artículo no pretende en ningún momento aportar nuevas luces. Nosotros les remitimos a las diferentes historias de esta catástrofe: desde F.A. Gasquet, *The Great Pestilence*, Londres 1893, republicado bajo el título de *The Black Death*, Londres 1908, hasta P.H. Ziegler, *op. cit.* Para una apreciación crítica y útil de estas obras sobre la peste negra, véase W.M. Bowsky, *The Black Death*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1971, pp. 126-128.

⁴¹ F. Gasquet, *op. cit.*, 1908, p. 39.

⁴² Edouard Baratier, *La démographie provençale du XIII^e siècle, avec chiffres de comparaisons pour le XVIII^e siècle*, París, SEVPEN, 1961.

⁴³ Uno se sorprende de constatar que las localidades del primer grupo que han sufrido la peste, las de 1348, fueron las más duramente golpeadas (caída de 54.95%) que las del segundo grupo provenzal que sufrieron dos pestes (1348 y 1361) y que sin embargo no vieron bajar el número de sus hogares sino en un porcentaje menos atroz (48.2%). La razón consiste en que para las cuales se sintió necesario rehacer las cuentas de los hogares después de la peste de 1348 están entre las que fueron más golpeadas. En este sentido nuestra primera muestra está un poco "sesgada". Resulta que según todos los datos existentes se puede admitir que al término de las dos primeras pestes (1348 y 1361), la población provenzal había disminuido al menos en un 40%.

⁴⁴ Guy de Chauliac, *La grande chirurgie*, ed. por E. Nicaise, París, 1890, pp. 167-170. (El editor de 1890 utiliza una traducción francesa antigua del texto de Chauliac). Cf. también la carta muy precisa enviada de Avignon, y citada en J. de Smet, *Recueil des chroniques de Flandre*, Bruselas, 1856, vol. III, p. 15.

⁴⁵ Agradezco al profesor Mollaret, especialista de la peste del Instituto Pasteur de París, las sugerencias dadas a lo largo de las entrevistas que me concedió.

⁴⁶ No es imposible (como tampoco hay certeza) que la peste venida de Crimea haya sido pulmonar desde su paso por Constantinopla. Cf. al respecto el texto de Jean Cantacuzene citado por Gasquet, *op. cit.*, ed. 1908, pp. 12-13. Véase también C. Anglada, *Etude sur les maladies éteintes...*, París, 1869.

⁴⁷ El invierno que va de diciembre de 1347 a marzo de 1348 no ha sido mencionado ni como duro en la colección de C. Easton, *Les hivers dans l'Europe occidentale*, Leyden, 1928. El periodo anterior a la peste fue lluvioso en Montpellier (durante tres años si se cree al texto, probablemente un poco simplificador de un médico anónimo: *Tractatus de epidemia...*, 1349, B.N. ms. latin 7026, f. 86; y 227, f. 209 v.). Sería interesante descubrir textos sobre el carácter meteorológico del mes de enero y febrero de 1348 en los bordes del golfo de Lion.

48 Thérèse Slaert, *Cultures en haute-provence, de-boisement et paturages au moyen age*, París, 1959.

49 *Histoire du commerce de Marseille*, publicada bajo la dirección de Gastón Rambert, París, 1949-1959, vol. II, p. 261.

50 Sobre la difícil introducción de la chimenea a lo largo de la historia de la civilización medieval, véase F. Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme*, París, A. Colin, 1967, p. 223 sq.

51 Agradezco a Gabrielle d'Archimbaud, quien me dio a conocer *in situ* los trabajos efectuados en Rougiers.

52 Pollitzer, *op. cit.*

53 *Histoire du commerce de Marseille*, *op. cit.*, vol. II, pp. 304-316, texto y gráficas.

54 J. Duvernoy, *Inquisition à pamiens*, Toulouse, Privat, 1966, cap. IV y IX. Los textos originales fueron publicados por J. Duvernoy, *Le registre d'Inquisition de Jacques Fournier*, Toulouse, Privat, 1965 (3 volúmenes).

55 A. Montel y P. Lambert, *Chants populaires du Languedoc*, París, 1880.

56 *Op. cit.*

57 E. Le Roy Ladurie, *Les paysans de Languedoc*, París, SEVPN, 1966, vol. I, p. 141. Véase al respecto W. Abel, *Crises agraires en Europe*, París, Flammarion, 1973, p. 61 y nota 1 (punto de vista muy matizado).

58 Está apoyada por algunos textos sugestivos en B. Bannassar, *Recherches sur les grandes épidémies dans le nord de l'Espagne, a la fin du XVIe siècle*, París, SEVPEN, 1969, p. 53 y *passim*.

59 *Histoire du commerce de Marseille*, *op. cit.*, vol. II, p. 39; Baratier, *op. cit.*, p. 81; G. Lesage, *Marseille angevine*, París, E. de Boccard, 1950, p. 165.

60 Véanse los textos anti-usureros, que según las leyes de entonces del "milenarismo de imbeciles", se hacen antisemitas: en Sclafert, *op. cit.*, y Baratier, *op. cit.*

61 Lesge, *op. cit.*, p. 164 (bajos salarios de antes de la peste).

62 Sobre la peste negra en Languedoc, y sobre las tasas de mortalidad anual (hasta 50% durante el año crítico) que la han acompañado, véase: G. Prat, "Albi et la Peste Noire", en *Annales du midi*, 1952; Philippe Wolff, "Trois études de démographie dans la France méridionale", en *Studi in onore di Armando Saporì*, Milán, 1957; y del mismo autor, *Les "estimes" toulousaine des XIVe et XVe siècles*, Toulouse, 1956; Le Roy Ladurie, *op. cit.*, 1966, p. 142; *Documents de l'Histoire du Languedoc*, publicados bajo la dirección de Philippe Wolff, Toulouse, Privat, 1969 (Collection Univers. de la France), pp. 159-161.

63 Chauliac, ed. 1890, p. 172. Chauliac, que preconiza esta cura, era originariamente peón de una granja en l'Aveyron. Se transformó más tarde en primer cirujano de su tiempo (Chauliac, *ibid.*, LXXXIX).

64 *Documents de l'Histoire du Languedoc*, *op. cit.*, *ibid.*

65 De Smet, *op. cit.*, vol. 3, pp. 16-17.

66 E. Fournial, *Les villes et l'économie d'échange en Forez aux XIIIe et XIVe siècles*, París, Presses du Palais-Royal, 1967.

67 Fournial, *op. cit.*, pp. 303-304.

68 Fournial, *op. cit.*, pp. 305-308; y p. 721 (gráfica).

69 Flagelantes del país llano alrededor de Avignon "de tota vicina patria", testimonio preciso de un testigo ocular, en J. de Smet, *op. cit.*, t. III, p. 17; "Flagelantes

de Forez", texto menos seguro, en Fournial, *op. cit.*, p. 311.

70 102 hogares en Saint-Pierre en 1352; 244 hogares en las 7 parroquias en 1352.

71 Pierre Duparc, "Démographie de parroquias de Savoie", en *Bulletin Philologique et Historique* (hasta 1610), *du Com. des Trav. Hist. et Scient.*, 1962, p. 247, 275 (éd. 1965). Es posible también, como lo nota Duparc, que el efectivo medio de hogares savoyanos ha disminuido.

72 Textos reunidos por M. Costa de Beauregard, "Conditions des juifs en Savoie au Moyen Age", en *Memoire de l'Académie de Savoie*, 2a. serie, t. II, 1854. Los autores posteriores no aportan información suplementaria sobre ese punto (por ejemplo V. de Saint-Genis, *Histoire de Savoie*, t. I, 1868, p. 353; Gerson, "Juifs de Savoie", en *Etudes juives*, 8, 1884, p. 237).

73 Saône-et-Loire, distrito de Chalons-sur-Saône, cabecera del cantón.

74 310 hogares en 1360 según P. Gras, "Le registre paroissial de Givry", en *Bibliothèque de l'école de Chartres*, t. 100, 1939, p. 307 (de este artículo provienen todas las gráficas, concernientes a Givry).

75 E. Carpentier en *Annales*, 1962, p. 1073, cita los trabajos de H. Van Werveke.

76 Baratier, *op. cit.*, pp. 142 y 143; débil disminución o mantenimiento completo del número de hogares en las comunidades de la vigería de Tarascon en 1316, 1319, 1352 (pero ciertas objeciones son posibles: primero esta cronología es un poco floja; segundo, el estado de 1352 ¿no es la copia no puesta al día de un estado anterior a 1348?).

77 P. Tucoc-Chala, *Gaston Febus*, Burdeos, Biere, 1959, p. 221; y lo mismo, "Peste noire en Béarn", en *Revue régionaliste des Pyrénées*, 1951 (núms. 111-12). Las referencias nos fueron proporcionadas por E. Carpentier, *art. cit.*

78 E. Le Roy Ladurie, *Paysans de Languedoc*, *op. cit.*, pp. 142-143 y nota 1.

79 Damouzy, en Coville, *Histoire littéraire de la France*, vol. 37, 1969, p. 529.

80 Cf. los trabajos de Peter, Goubert y Meyer sobre el siglo XVIII, en Desave, *op. cit.*

81 Sobre todo lo que precede, véase G. Fourquin, *Les campagnes de la région parisienne à la fin du Moyen Age*, París, 1964, pp. 227-28; B. Geremek, *Le salariat dans l'artisanat parisien aux XIIIe-XVe siècles*, París, 1962, p. 123. Véase también la notable elaboración de J. Favier, *Les contribuables parisiens à la fin de la guerre de Cent Ans*, Ginebra, Droz, 1970, p. 10 y nota 22 (la "gama" cronológica de la población parisina se situaría alrededor de 200 000 habitantes hacia 1328 y 100 000 habitantes hacia 1421).

82 R. Cazelles, en un estudio que publicó el *Bulletin Philologique et Historique* (hasta 1610) *du Com. des Trav. Hist. et Scient.*, 1962, mostró muy bien que las élites de *oil* fueron menos masacradas que las de *oc*, en 1348.

83 Crónicas de Guillaume de Nangis y de Saint-Denis, citadas por A. Philippe, *Histoire de la peste noire*, París, 1853.

84 B. Guinée, *Tribunaux et gens de justice dans le bailliage de Senlis à la fin du Moyen Age*, Estrasburgo, 1963, pp. 48-49.

85 Archivos Nacionales, París, S 2620 y S 2621 (cen-

satarios de Gargas); Fourquin, *op. cit.*, p. 349; Dominique Vincent-Bocquet, *Gargas-les-Gonesse, 1273-1400*, D.E.S., inédito de la Univ. París, VII, 1973.

86 Cf. al respecto la vocación pestífera del sur, los textos que cité en mi *Paysans de Languedoc*, 1966, p. 195 y nota 1.

87 Texto citado por Coville, *op. cit.*, p. 390.

88 Biraben, *Les hommes et la peste en France et dans les pays européens et méditerranéens*, París-La Haya, Mouton, 1975, vol. I, p. 120 (gráficas), véase la gráfica relativa a la cronología francesa de las coyunturas pestíferas.

89 F. Lot, "L'état des paroisses et des feux en 1328", en *Bibliothèque de l'école de Chartres*, 1929.

90 M. Reinhard, A. Armengaud, J. Dupaquier, *Histoire générale de la population mondiale*, París, 1968, pp. 90-91: datos calculados por mí según los datos totalizados del cuadro de la p. 91.

91 P. Goubert, en F. Braudel y E. Labrousse, *Histoire économique de la France*, París, PUF, 1970, vol. II, p. 13.

92 Guy Bois insistió sobre este punto en su *Crise du Féodalisme*, París, 1976.

93 Baratier, *op. cit.*

94 E. Le Roy Ladurie, *Paysans de Languedoc*, *op. cit.*, 1966, al principio de la segunda parte.

95 Véase el artículo de L. Binz, "La Population du diocèse de Geneve à la fin du Moyen Age", en *Mélanges Antony Babel*, vol. I, Ginebra, 1963.

96 Th. Platter, "Autobiographie" (trad. M. Helmer), *Cahier des Annales*, núm. 22, París, A. Colin, 1964, p. 21.

97 A. Fierro, *Les enquêtes de 1339 en Faucigny*, tesis (inédita) de l'École de Chartres (1964-65), y del mismo, "Un ciclo demográfico en Dauphiné", en *Annales*, 1971, p. 959.

98 Según J.M. Pessez, *Archéologie du village déserte*, París, A. Colin, *Cahier des Annales*, núm. 27, p. 97.

99 Martin-Lorber en *Annales de Bourgogne*, núm. 117, 1958.

100 H. Dubois, "Chalon d'après les recherches des feux" en *La démographie médiévale, sources et méthodes*, public. del *Congrès de l'Assoc. des Hist. Mediev.*, serie de los *Annales* de la facultad de Nice, 1971.

101 Marie-Thérèse Ceron, tesis inédita, *Le Tonnerrois au XVe siècle* (Université de Nanterre, 1972).

102 G. Fourquin, *Campagnes...*, *op. cit.*, pp. 364-65; Guennée, *op. cit.*

103 Guy Bois, *Crise du féodalisme*.

104 *Histoire de la Bretagne*, publicada bajo la dirección de J. Delumeau, Toulouse, Privat, 1969, pp. 182 y 206 (H. Touchard).

105 R. Boutruche, *La crise d'une société: seigneurs et paysans du Bordelais pendant la guerre de Cent Ans*, Burdeos, 1947.

106 J.M. Pessez, en *Villages désertes et histoire économique*, París, SEVPEN, 1965, p. 170. Pessez utiliza y cita un trabajo inédito de A. Bocquet, 1965.

107 H. Neveux, en *Annales de démographie historique*, 1971, p. 269.

108 M.A. Arnould, *Les dénombrements des foyers dans le comte de Hainaut (XIVe-XVIIe siècles)*, Bruselas, 1956, pp. 278-279; G. Sivery, "Hainaut et peste noire",

en *Mem. et Publ. de la Soc. des Sciences, des Arts et des Lettres du Hainaut*, t. 19, 1965, p. 433 (cf. E. Carpentier, en *Annales*, 1968, p. 646).

109 Sobre la peste negra en Hainaut (baja de un 40.06 del número de hogares entre 1268 y 1365); véase Sivery, *art. cit.*

110 J. Cuvellier, *Les dénombrements de foyers en Brabant*, 1912, citado por Reinhard, Armengaud, Dupaquier, *op. cit.*, pp. 98 y 107.

111 H. Neveux, *Les grains du Cambresis*, tesis de la Universidad de Lille III, 1974.

112 S. Guilbert, en *Annales*, 1968, pp. 1283-1300.

113 Le Roy Ladurie, *Paysans de Languedoc*, *op. cit.*, vol. II, p. 942.

114 J. N. Biraben, obra citada sobre la peste.

115 Véase la curva polínica de Overbeck, 1557, reproducido en *Annales*, 1962, p. 445.

116 Véase W. Abel, *Crises agraires en Europe (IXe-XIXe siècles)*, París, Flammarion, 1973, pp. 61-70.

117 Soetber, en *Pet. Geog. Mitt.*, según Borah, *New Spain's Century of Depression*, Berkeley, Univ. of Calif. Press, 1951.

118 S.F. Cook y L.B. Simpson, *The Population of Central Mexico in the Sixteenth Century*, Yale, New Haven, 1948, citado por W. Borah, *New Spain's Century of Depression*, Berkeley, Univ. of Calif. Press, 1951, p. 3.

119 W. Borah y S.F. Cook, *The Population of Central Mexico in 1548*, mismos editores, 1960.

120 Según S.F. Cook y W. Borah, *Essay in Population History: Mexico...*, vol. I, Berkeley, 1971; Borah y Cook, *op. cit.*, 1960, p. 114; Cook y Borah, *The Indian Population of Central Mexico, 1531-1610*, mismo editor, 1960, p. 48.

121 S.F. Cook y W. Borah, *The Population of the Mixteca Alta, 1520-1960*.

122 P. Chaunu, *L'Amérique et les Amériques*, París, 1964, p. 104.

123 S.E. Cook, *The Extent and Significance of Disease Among the Indians of Baja California, 1697-1773*, Berkeley, 1937.

124 N. Wachtel, *La visión des vaincus*, París, Gallimard, 1971, pp. 140 a 150.

125 W. Borah, "America as Model: The Demographic Impact of European Expansion upon the Non-European World", en *Actas y memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, México, 1962.

126 P. Chaunu, "La population de l'Amérique indienne", en *Revue Hist.*, juillet-sept., 1964, p. 112sq.

127 S.F. Cook y W. Borah, *Essays in population history: México and the Caribbean*, vol. 1, Berkeley, 1971.

128 C. Verlinden, "La population de l'Amérique précolombienne. Une question de méthode", en *Mélanges en l'Honneur de Fernand Braudel*, vol. II, Toulouse, Privat, 1973, pp. 453-462. Este artículo, que trata ocasionalmente de México, no cita ni la obra ni aun el nombre de W. Borah, del cual Pierre Chaunu no había sin embargo querido ser sino el intérprete fiel. Las razones de esta omisión engendran la perplejidad en el lector.

129 *Ibid.*, p. 459.

130 *Ibid.*

131 W. Borah, *art. cit.*, 1964, p. 387.

